

# La Ilustración Artística



# Artística

Año XX

BARCELONA 5 DE AGOSTO DE 1901

Núm. 1.023



ORIENTAL, cuadro de Ferencz Innocent

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea. La macrobiótica. Dicha y desdicha del nombre*, por Emilia Pardo Bazán. — *Antonio Peña y Goñi*, por Kasabal. — *El hada*, por Andrés Theuriot. — *Monumento á Alfonso XII, proyecto de Agustín Querol*. — *La condesa del Castellá*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Norberto Dys*, novela ilustrada (continuación). — *Adornos femeninos*. *Abanicos*, por C. D. — *Los buques más rápidos*, por D. — Libros enviados á esta Redacción por autores y editores.

**Grabados.** — *Oriental*, cuadro de Ferencz Innocent. — *Antonio Peña y Goñi*. — Dos dibujos de Ciro Cuneo que ilustran el artículo titulado *El hada*. — *Santa Filomena*, cuadro de C. Schleibner. — *Proyecto de monumento que ha de erigirse en Madrid á la memoria de D. Alfonso XII*, obra de Agustín Querol. — *La condesa del Castellá*. — *En el huerto*, cuadro de J. Pinós y Comes. — *Pescadores*, cuadro de Aquiles Granchi-Taylor. — *El dios Wotán*, estatua en bronce de Rodolfo Maison. — *La señora de Kruger*. — *El cardenal Cascajares*. — *Abanicos artísticos*. — *Los pequeños aldeanos*, cuadro de Erico Werenskiold.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

#### LA MACROBIÓTICA. — DICHA Y DESDICHA DEL NOMBRE

Mientras preparo la maleta para salir á respirar un poco del lado de Europa, con ánimo de visitar un país católico, que es al mismo tiempo nación moderna y adelantadísima y donde no se va á las procepciones con revólver, ni éstas se terminan á garrotazos y balazos (como si estuviésemos, salvo los perfeccionamientos del armamento, en plena época de la Liga, en el oleaje que rodeó la vida azarosa de Guisa el *Balafre*), me entretengo á ratos en leer el último libro recibido, obra de mi amigo el francés Juan Finot, director de la *Revue*, y se me ocurre hacer un beneficio á la humanidad — á la parte de humanidad que me lee — transmitiendo unas cuantas de las buenas noticias que nos da Finot, conforme, por cierto, con teorías que alguna vez he tenido en estas crónicas ocasión de desarrollar.

Es natural que los lectores ya ni lo recuerden, pero hube de decir entonces que, lejos de acortarse el plazo de la vida, como pretenden los que ensalzan el tiempo pasado, se prolonga, y no de un modo insensible, sino bastante considerable (en algunas naciones, en medio siglo, se han ganado de seis á ocho años, que no es grano de anís). Sostuve igualmente que el estudio y la cultura, en vez de abreviar la existencia, hasta se diría que la fortalecen. Para demostrarlo presenté una estadística de literatos y pensadores, elegidos al azar, longevos casi todos, y aumentando la longevidad según nos acercábamos á la época contemporánea. La cosa es tan sencilla, que me parecía casi un lujo añadir demostraciones. ¿Qué planta prospera mejor, tarda más en secarse, la bien abonada, regada y aireada, ó la que se abandona? Pues la planta humana nunca gozó de tan inteligente y esmerado cultivo como en el día. Hoy se cuida al hombre desde el mismo vientre de su madre. La higiene y la alimentación adecuada en las clases pudientes, las leyes de protección á la mujer en las obreras, van (lentamente aún, es cierto) favoreciendo al niño en el claustro materno, en el cual se adquieren ya distintas predisposiciones, decisivas para toda la vida á veces. El día en que aprenda la humanidad lo que saben los labradores, que la semilla echada en el surco requiere cuidados si ha de germinar en condiciones de producir buena cosecha, atenderá extraordinariamente á la mujer encinta, y se considerará agravante, en todo delito ó crimen, el ir contra la mujer por la presunción de que puede hallarse en ese estado y ser dos las víctimas, y no la menos infeliz, andando el tiempo, la que antes de ver la luz contrajo enfermedades que, ocultas, aparecerán un día en todo su horror y harán que el hombre reniegue de haber nacido.

Volviendo al libro de Finot (se titula *Filosofía de la longevidad*), declaro que es uno de los más curiosos y consoladores que cabe leer. Verdad que, al principio, nos desalienta un poco transcribiendo datos según los cuales hubo en la antigüedad individuos que alcanzaron edades hoy inaccesibles, por mucho que extendamos el cálculo optimista. Por ejemplo: Rogerio Baun asegura que en 1245 vivía aún un mocito que en 362 había asistido al Concilio de París, que decía tener la friolera de 983 años lo

menos. De un habitante de Goa aparece que llegaba á los cuatro siglos. El escocés Mac Crain, á los dos pasados. El alemán Popalio, á los cinco. ¿Pues y los patriarcas de la Biblia? Estos grandes generadores no conocieron las enfermedades de la medula, y duraron trescientos ó cuatrocientos años, como quien no dice nada. Matusalén — prototipo de la longevidad, que si está en el cielo debe de ser allí abogado de los vejestorios — no se contentó con menos de 969.

Como estas cosas sucedieron hace mucho tiempo, podría agüársenos el gusto de saberlas con la inquietud de dudar si las entendemos bien, si no hay error; y aquí empiezan los beneficios del libro á que me refiero, pues rebuscando y juntando datos cada vez más recientes y corroborados, va probando que si los novecientos años es cuenta galana, en cambio á los ciento y pico llega cualquiera, con algo de buena voluntad y unas mijajas de suerte. Es sumamente lisonjero pensar que un pescador de cien años atravesaba aún á nado los ríos; pero, si cabe, aún sonreirá más á los vejetes el caso del famoso aldeano noruego J. Garrington, que á los 151 años tuvo un chiquitín, tan rollizo y tan frescote.

Antes que los casos anormales, hallo lisonjero y satisfactorio el crecimiento de la vida dentro de la normalidad. «Resulta — escribe Finot — que en Francia, mientras al comienzo del siglo el término medio de la vida no era más que de 35  $\frac{1}{2}$  años, entre 1877 y 1881 pasaba de 40 años: (40  $\frac{1}{2}$  para los hombres y 42 para las mujeres). Y sin embargo — añade — no es Francia de los países más favorecidos en este respecto. Fijémonos, verbigracia, en los países escandinavos, cuya estadística rigurosa data de más de 100 años; nos asombraremos de la regularidad casi matemática con que allí se manifiesta la disminución constante de las defunciones. La bienhechora ciencia va protegiendo la vida. Sólo con la sueroterapia se salvan de la difteria, anualmente, millares de niños. ¿Quién sabe si entre ellos se cuenta el hombre futuro, que engrosará con nuevos descubrimientos ó con nuevas obras de arte sublime el caudal de las generaciones?»

Deducciones muy entretenidas se sacan de la estadística comparada, en este negocio de la macrobiótica. Allá en 1838, los académicos vivían, por término medio, 68 años; ahora viven 71 años y cuatro meses. ¡Se les ha concedido prórroga! Son los de la Lengua (ó Instituto) los más favorecidos, pues los de Morales tienen dos meses menos, los de Ciencias dos años, los de Bellas Artes uno... — Que digan luego que la profesión no ejerce un influjo decisivo, capital, en todo el ser. — Los novelistas, poetas y dramaturgos también gozan de largo plazo sobre el planeta; y hasta se ha llegado á averiguar que los historiadores viven más que los que hacen la historia, ó sea los hombres de Estado, y que éstos disfrutan de un año ó dos más que los agitadores políticos, que á su modo son hombres de Estado también.

La mujer, en cualquier situación ó condición que la supongamos, muere más tarde que el hombre. Es la única compensación de la naturaleza á muchas inferioridades físicas, entre ellas el mayor número de enfermedades, pues la hembra padece bastantes más que el varón. Tal vez consista la diferencia en que la mujer sufre las enfermedades que Dios la envía, y el hombre las que él mismo se busca y proporciona. A pesar de todos los achaques inherentes á la función de la maternidad, la mujer dura mucho, y es en el sexo femenino crecida la proporción de centenarios. Según el último censo indio, dice Finot, había, de 380 centenarios, 247 mujeres, cifra tanto más digna de atención, cuanto que el número de mujeres, en aquella comarca, es inferior al de hombres. Diríase que la naturaleza nos fabrica con metal de mejor ley, y que esta superioridad metálica es extensiva á las hembras de todas las especies. Basándose en datos suministrados por la embriología, la mujer posee relativamente más elementos de vida que el hombre. «En el mundo animal, basta alimentar bien á la madre para aumentar la proporción de nacimientos femeninos. Sometiendo al régimen del hambre á las larvas de las falenas y mariposas, salen machos.»

Esta noticia es ya bastante singular, y pugna no poco con las ideas corrientes; y habrá de causar extrañeza á los que piensan por cédula y patrón, que cuanto más pobre es un país más hombres nacen en él, y que en la fuerte raza sajona sea casi de un tercio más la proporción de nacimientos femeninos; pero todavía sorprenderá doblemente el saber que en bastantes ancianos, pasados los ochenta, aparece la tercera dentición. Un Sr. Peter Bryan echa los dientes — angelito — ¡á los ciento diecisiete años!

¿Y en qué consiste — preguntarán afanosos los vie-

jos incipientes — el método para conseguir tan dichosos resultados? ¿Qué conviene hacer para durar y remozarse de tal suerte?

Ahí está el busilis. No se conoce sistema probado, y sin embargo, debe de haberlo, pues lo que aprovecha en general á la especie aprovecha al individuo, y si la especie ha ganado en vida, el individuo, siguiendo la marcha de la especie (higiene, nociones científicas), acertará el camino para durar. Uno de los medios recomendados es... comer poco. Y si se come mucho — como en Inglaterra — hacer ejercicio á proporción; quemar el residuo de la alimentación no asimilada. El abuso del alimento es más perjudicial que las privaciones. Comemos tres veces lo que necesitamos; de ahí las enfermedades que nos acosan. Nos viciamos en comer, como podríamos viciarnos en beber. Y hay mucha gente que cree — de buena fe — que la bebida es vicio, y el atracarse, no sólo cosa lícita, sino loable. ¿Qué más da ingerir con exceso líquidos que sólidos?, dice la razón. Pero las rutinas arrollan á la razón casi siempre.

Es, sin embargo, tan cierto que el abuso de la comida constituye un daño mayor aún que el de la bebida, que entre los centenarios se cuentan alcohólicos, pero no se cuentan glotonos. La *gerocomia* (arte de prolongar la vida humana) predica las virtudes de la sobriedad, repite á cada momento el consejo de la sabiduría antigua: moderación, moderación y moderación.

Pasando de la muerte al pórtico de la vida, al nacimiento, encuentro en los diarios un caso ocurrido en Valencia, con la imposición de nombre á una niña. La escena ocurrió en el registro civil, y el padre de la criatura deseaba que ésta se llamase, durante su peregrinación por el mundo, *Electra*, como la protagonista del drama de Galdós. En el registro se negaron á inscribirla con tal nombre, pero al fin tuvieron que hacerlo, de orden superior, y *Electra* se llamará la chica, á quien compadezco, como á todo el que lleva un nombre que entraña significación y parece señalar rumbos, límites y orientaciones para la existencia. Leyendo este incidente de actualidad, recordé otro análogo, acaecido en Marinada; sólo que éste — cosa más grave — ocurría ante la pila bautismal. El padre, creyente, pero avanzadísimo en ideas, se empeñaba en que á su vástago se le había de poner *León Gambetta*, al derramar sobre su frente el agua bautismal. «Pero si no puede ser, objetaba tranquilamente, sin enojarse ni asustarse, el cura. *León*, corriente, se hará; pero *Gambetta* es apellido. ¿Cómo quiere usted que impongamos apellidos en la pila? El apellido lo da la ascendencia. Apellido, el de usted y el de su madre llevará este rapaz.» No se convencía el padre, y seguía porfiando que por *León Gambetta* se cristianase su hijo. «Vamos á ver, repuso el cura en tono conciliador y afable, se me ocurre una idea. ¿Por qué no le ponemos *Julio Simón*? Eso es lícito: hay *San Simón* y *San Julio*. Y Julio Simón, si no me equivoco, era tan republicano como León Gambetta...»

Si les parece á ustedes demasiado ingenioso y agudo este cura (tomado de la realidad), cotéjenlo con el feligrés que un día, resuelto y determinado, pidió que á un chiquitín se le impusiese el nombre bravo y sanguinario de *Tigre*. Y cuando el párroco le respondió, escandalizado, que en la pila no pueden imponerse nombres de animales, saltó exclamando con gran viveza: «¿Cómo que no se puede? ¿Pues no se llama *León* el mismo papa?»

Mil veces se me ha ocurrido dudar si es tributo de admiración ó muestra de desprecio el dar á un animal el nombre de una celebridad humana. Hay los dos casos, pero me inclino á que el primero es más frecuente. Hacia 1870, infinitos caballos y perros tuvieron el honor de atender por *Bismarck*. Ahora son innumerables los que atienden por *Kruger* y *Boer*. Otra particularidad en la que he podido fijarme: los nombres de los toros. Son infinitos, nunca repetidos, generalmente adjetivos substantivados, en extremo castizos, expresivos y pintorescos. Del cartel de una corrida, lo que suele atraer mi vista son los nombres. Dan testimonio de la riqueza, de la fertilidad y plasticidad del idioma, cuando lo maneja el mejor hablante, que es el pueblo, la raza, usando elementos genuinos y puros. Observad los nombres de los toros, y os sorprenderá, como á mí, su variedad y su sabrosa gracia.

Y ya que se trata de nombres, sepa Mariano de Cavia, que me alude, que estoy conforme con él en que *Yolanda* es *Violante*, pero no en que haya palabra alguna intraducible. Seremos torpes al querer traducirla, pero traducción ha de tenerla. ¡Naturalmente!

EMILIA PARDO BAZÁN



ANTONIO PEÑA Y GOÑI

Habría habido pocos hombres más encariñados con sus ideas y de más constancia y tenacidad para defenderlas que D. Antonio Peña y Goñi, el distinguido escritor y eminente crítico musical que, joven todavía, pues no llegaba á los cincuenta años, falleció en Madrid el 13 de noviembre de 1896.

Había nacido en San Sebastián, la capital de Guipúzcoa; pero de seguro no habrá habido un aragonés más tozudo que aquel guipuzcoano, que con la palabra ó la pluma estaba siempre en constante pelea. Y era en el fondo bueno y cariñoso, amigo de sus amigos, y se desvivía por hacer un favor; pero que no le tocasen á la marina, á Wagner, por ejemplo, que fué su ídolo, ó á la ópera española, que fué uno de sus anhelos, porque entonces no se casaba con nadie, como vulgarmente se dice, y era capaz de pelear con todo el mundo. ¡Pobre Peña y Goñi! Quizá su carácter vehemente y el ardor con que emprendía todas las cosas le causaron el padecimiento del estómago que se hizo crónico y le causó prematuramente la muerte.

\*\*

Cuidadosamente educado en un colegio francés, tenía instrucción sólida y se dedicó á la carrera administrativa, desempeñando con acierto importantes cargos en el ministerio de Fomento, en el que estuvo empleado hasta que murió.

Peró sus aficiones no estaban en los expedientes ni en las reales órdenes, sino en el divino arte de la música y en la fiesta nacional por excelencia, en las corridas de toros.

Wagner y Frascuelo eran sus ídolos, y el que quería con él pelea no tenía más que poner en duda las brillantes cualidades del autor celeberrimo de la llamada música del porvenir, ó el valor, la gracia y la destreza que delante de los toros desplegaba el famoso Salvador Sánchez, flor y nata de la torería moderna.

Demostró su conocimiento en cuestiones taurinas y al mismo tiempo su ingenio y su gracia de escritor en unas deliciosas *Revistas de toros* en forma dialogada, que tuvieron gran éxito. Y no se crea que es cosa de poco más ó menos escribir revistas de toros y escribirlas bien. Este género ha sido cultivado por D. Serafín Estébanez Calderón, *El Solitario*, nada menos, por D. José Luis Albareda, por el ingeniosísimo D. José Velázquez y otros ilustres escritores, predecesores insignes de Eduardo Palacio, de Mariano Cavia, de Pepe Laserna y de los demás que con tanto éxito cultivan hoy el género.

Peña y Goñi hizo en él verdaderos primores, emulando en gracia á los andaluces, como emulaba en tenacidad á los aragoneses.

Su libro *Frascuelo, Lagartijo y su tiempo*, presenta al torero contemporáneo en una de sus épocas más brillantes.

\*\*

Más serios y más profundos fueron sus estudios y sus trabajos en lo que se refiere al arte de la música en general y á la música española en particular, y aunque no hubiera dejado más obra que la titulada *La ópera española y la música dramática en España*, que publicó en 1881, cuando estaba en la plenitud de sus admirables facultades, bastaría para darle fama merecida y hacerle pasar con justicia á la historia.

En los veintinueve capítulos de que consta este libro trata de la ópera en general, de los caracteres de la nacionalidad musical en Italia, Francia y Alemania; aprecia las melodías de Rossini, Bellini, Donizetti y Verdi, de Mozart, Weber, Meyerbeer y Wagner, de Glinka y Rubinstein; estudia la música religiosa española, y hace la historia de las producciones líricas españolas partiendo de *La selva sin amor*, de Lope de Vega.

La música española de principios de este siglo le

mereció una atención especial, é hizo después detenidos estudios crítico biográficos de Fernando Sores, de Tomás Enones, de Baltasar Saldoni, de D. Hilarión Eslava, de D. Joaquín Espín y Guillén, de Soriano Fuentes, de los compositores catalanes Cuyás, Rovira, Domínguez de Gironella, Grassi y otros.

Entra en la historia de la zarzuela con Rafael Hernando y sus *Colegiales y soldados*, y la termina con Oudrid, Gaztambide, Barbieri y Arrieta.

Los capítulos dedicados á la sociedad de conciertos y á los conciertos en Madrid son interesantísimos, y rebosan gracia los consagrados al breve paso por nuestra escena del famoso género bufo implantado por Arderius.



ANTONIO PEÑA Y GOÑI

Todo cuanto se relaciona con la música española, lo mismo en obras que en autores, que en artistas que las cantaron ó ejecutaron, se halla en esta notable obra de Peña y Goñi, verdadero monumento consagrado al arte lírico nacional, y obra que revela un profundo y detenido estudio en un hombre cuyas condiciones y aptitudes le inclinaban más á la polémica viva y ardiente del periódico, que á las meditaciones pesadas del libro.

Con Barbieri sostuvo vivísimas discusiones, que interrumpieron más de una vez su amistad, pero no tardaban en volver á hacer las paces; y cuando Peña y Goñi ingresó con general aplauso y llevado por sus propios merecimientos en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, consagró á Barbieri la parte más importante de su discurso de recepción en la docta Asamblea.

\*\*

Fué el propagador más entusiasta que Wagner tuvo en España, y á sus notables trabajos críticos se debe mucho de la educación musical de nuestro público, pues influyó poderosamente en los programas ejecutados por la *Sociedad de conciertos*, especialmente en estos últimos tiempos, haciendo que se conociesen las obras más importantes del autor de *Lohengrin*, cuyas óperas figuran hoy entre las que con más regocijo se escuchan por el público, que vivió tanto tiempo bajo la dulce tiranía de las melodías italianas.

Peña y Goñi formaba en Madrid un interesante grupo con Carmona y Millán, el ilustre cronista del teatro Real de Madrid, que se sabe de memoria la historia del regio coliseo y puede hacer la biografía de todos los artistas que han pasado por aquel escenario, con el desdichado Pepe Elorrio y otros aficionados al divino arte, que se reunían todas las noches en el café á comentar lo que habían oído en el teatro Real, del que no perdían una sola representación.

\*\*

El invierno lo pasaba Peña y Goñi muy entretenido con su trabajo de oficina, sus polémicas perio-

dísticas y su tertulia del café; pero en cuanto llegaban los calores hacía su equipaje, y el que quería verle tenía que buscarle en la estación de Irún, donde solía pasar las mañanas, en la playa de Fuenterrabía por la tarde, ó á la puerta de casa de Arana, en el boulevard de la capital de Guipúzcoa, cuando San Sebastián ardía en fiestas.

El verano le consagraba especialmente el crítico musical al *sport* vasco, y contribuyó no poco á la boga que el pelotarismo ha tenido en Madrid.

En esto como en las cuestiones taurinas, y aún más quizá que en ellas, era un verdadero maestro, y su autoridad fué reconocida y respetada por todos los jugadores de pelota y frecuentadores de frontones.

\*\*

Además de las dos citadas, escribió Peña y Goñi las siguientes obras: *Barbieri, La obra maestra de Verdi, Impresiones musicales, Los despojos de «La Africana», Arte y patriotismo: Gayarre y Massini, ¡Cuernos!, El «Mefistófeles» de Arrigo Boito, Contra la ópera española, El Doctor Thebussem, ensayo de Crítica literaria, Estudio crítico de «Los Amantes de Teruel», Santiago Estrada, Los gnomos de la Alhambra, Luis Mancinelli y la Sociedad de Conciertos de Madrid, La pelota y los pelotaris y Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes.*

Compuso también varias piezas musicales, entre las que figuran numerosos zortzicos, como *San Sebastián, Pepita, ¡Viva Hernani!*, la mazorca *Isabel*, la polca *Paris-Murcia* y otras.

Fué gran admirador y amigo de Gayarre, y con el célebre y malogrado tenor pasó algunas vacaciones veraniegas, en excursiones por el Roncal, por Vizcaya y por Guipúzcoa. Fuenterrabía era uno de los sitios predilectos de los dos amigos, y con otros compañeros solían pasar la tarde en la pintoresca playa, volviendo por la noche á Irún.

Estas excursiones las hacían siempre á pie y entretenidos en conversación agradabilísima. En la mitad del camino del barrio de la Marina de la antigua é histórica ciudad al pueblo de la aduana española, se levanta un convento de frailes que tiene delante una extensa plazuela rodeada de árboles y en medio una cruz.

— ¡Mira, Julián!, le dijo Peña y Goñi á Gayarre una noche de espléndida luna al llegar á la plazuela. Aquí tienes la decoración del último acto de *Favorita*.

— ¡Callaos un momento!, dijo el célebre tenor á los que le acompañaban, y vamos á ver si esos frailes son artistas.

Y subiéndose en las gradas de la cruz comenzó á cantar el *spirto gentil*.

En aquel sitio, y en medio de la soledad de la noche, subían aquellas melodías al cielo como una oración, y los frailes, despertados de su sueño por lo que debieron creer el canto de un ángel, se asomaban con viva curiosidad á la ventana, buscando al que producía aquellas armonías.

— ¡Son artistas! ¡Son artistas!, exclamó alegremente Gayarre después de lanzar al aire su última nota.

— ¡Claro está!, contestó Peña y Goñi, porque son españoles, y en todos los españoles hay una gran disposición para la música.

\*\*

¡Gayarre, Peña y Goñi! Los dos desaparecieron prematuramente de este mundo. Del gran tenor no nos queda más que el recuerdo, que será más vivo que en ninguna parte en el cementerio del Roncal, donde yacen sus restos encerrados en el magnífico mausoleo debido al cincel de Mariano Benlliure.

De Peña y Goñi nos queda algo más; sus libros y sobre todo el de *La ópera española y la música dramática en España*, en el cual está condensado su espíritu.

KASABAL.

## EL HADA

Una noche de marzo volvíamos de la caza de las chochas, y mientras caminábamos alumbrados por

descolorida, fastidiosamente prosaica; y sin embargo en un rincón de mi corazón subsistía aún cierta vaga ternura hacia aquel mundo fantástico exorcizado por las criadas á fuerza de señales de la cruz.

donde pudiera reposar sin abandonar las riberas de aquel lago adorable.

De pronto, en el momento en que mis antiguos ensueños se apoderaban otra vez de mi cerebro, escuché un ligero murmullo bajo los sauces, y á la claridad de la luna vi surgir de la superficie del agua adiamantada, primero la cabeza de una mujer joven con la cabellera suelta, y después dos blancos hombros. Sentí un deslumbramiento y mis párpados se agitaron como si los hubiera cegado un rayo de sol demasiado ardiente. No sabía qué pensar y me palpaba para convencerme de que no era juguete de una alucinación. En el entretanto, aquella mujer había salido del agua y desaparecido; seguramente había refugiado bajo los árboles, porque un instante después percibí, como escapándose por debajo de éstos, una voz muy musical que tarareaba la letra de una barcarola italiana.

Permanecí inmóvil, con los pies clavados en la hierba; mi cabeza comenzaba á dar vueltas y púseme á pensar en aquella hada Melusina que el conde de Poitiers encontró en el bosque, al borde de una fuente, preguntándome á mí mismo si tenía que habérmelas con una ondina ó con una criatura humana.

De cuando en cuando, la desconocida interrumpía su canción y yo percibía un ruido de ropas estrujadas. Al cabo de algunos minutos, la vi salir de la arboleda, vestida con una bata de lana blanca de amplios pliegues, con el cabello suelto, sin duda para que se secase. La luna la iluminó de lleno: era de estatura mediana; su rostro, encerrado en el marco de su cabellera, tenía ese tipo que los pintores de la escuela de Vinci dieron á sus testas femeninas; la cara formaba un óvalo prolongado, sus ojos filtraban una caricia al través de los párpados medio cerrados, sus pómulos eran ligeramente prominentes y su boca se agrandaba en una sonrisa indefinible. Aquella mujer me vió; frunciéronse sus delgadas cejas, bajo sus pestañas brilló un relámpago y se reflejó un despecho altanero, y algo de la majestuosa cólera de una Diana sorprendida alteró sus delicadas facciones... Durante este examen permanecí con la boca abierta, absorto de admiración ante la desconocida.

En su cualidad de hada leyó lo que pasaba en mi fuero interno y probablemente comprendió que se encontraba en presencia de un turista honrado, puesto que la dura expresión de su rostro se dulcificó y sus labios volvieron á sonreír.

Alentado por aquella sonrisa plácida y misteriosa, murmuré algunas palabras excusando mi conducta, y tuve sangre fría bastante para dar á mi frase un giro tal, que la hechicera bañista se persuadió de que yo no había presenciado su salida del agua.



Vi surgir de la superficie del agua adiamantada, primero la cabeza de una mujer joven con la cabellera suelta

las estrellas evocábamos los recuerdos de nuestra niñez, y de tema en tema vinimos á hablar de los encantos de los cuentos infantiles y de la vitalidad de las tradiciones populares.

— Yo, dijo el amigo Tristán, me eduqué en el mundo de las maravillas, y los cuentos de Perreault constituyeron mi primera lectura. A los seis años añadí á esa literatura *La hermosa de los cabellos de oro* y *El pájaro azul*, de Mme. d'Aulnoy, y además un compendio de mitología, y durante mucho tiempo estos tres libros fueron la fuente en donde aprendí las nociones sobre la marcha de la vida y el mundo exterior.

Pasaba la mayor parte de los días en un rincón de un viejo jardín contiguo á la casa de mis padres, y allí esperaba con inquebrantable constancia las prodigiosas aventuras que, en mi sentir, no podían dejar de presentarse, y buscaba la flor que canta é interrogaba á los pinzones posados sobre los árboles.

A decir verdad, los pájaros no se daban gran prisa en responder á mis preguntas, pero esos contratiempos en nada debilitaban la robustez de mi fe, y únicamente me decía á mí mismo que si las flores no hablaban y lasavecillas se hacían las sordas, ello era debido á que no tenía aún en mi poder el talismán que pone á los animales y á las plantas á discreción de los simples mortales. Para poseer auxiliar tan indispensable, resolví dirigirme al hada, á la que invoqué con imperiosos é inquietos acentos; y aunque ella no daba señales de vida, yo confiaba siempre en verla aparecer, teniendo para mí esta espera un no sé qué de dulce solemnidad que me causaba voluptuosos estremecimientos.

Una noche, despechado por no ver realizados aquellos deseos, relaté mis desazones á mi criada y á la cocinera, las cuales me parecían personas experimentadas y consejeras excelentes; pero mis lamentaciones dieron un resultado contraproducente, pues las dos mujeres, solteronas y viejas ambas y ambas muy devotas, me escucharon moviendo significativamente la cabeza y se escandalizaron de mi credulidad que les olía á herejía.

— Ya no hay hadas, díjome Escolástica la cocinera; Dios las ha arrojado del mundo convirtiéndolas en ratones negros.

Y las dos se encarnizaron despiadadamente contra mis creencias paganas, y con tal dureza me catequizaron, que me acosté desolado por aquella cruel revelación.

¡Ya no había hadas! Cuando desperté, el jardín tenía un aspecto desencantado y sombrío; el velo que se había desgarrado dejaba ver una realidad fría,

Al través de los tormentos de la vida de colegio y de las inquietudes de la adolescencia, el recuerdo del hada persistió en mi imaginación mezclado con el pesar de no haberla contemplado nunca cara á cara y con el deseo de encontrarla algún día.

Y por muy extraño que os parezca, ese hermoso día llegó, en el momento en que cumplía yo veinte años, es decir, en mi plena juventud.

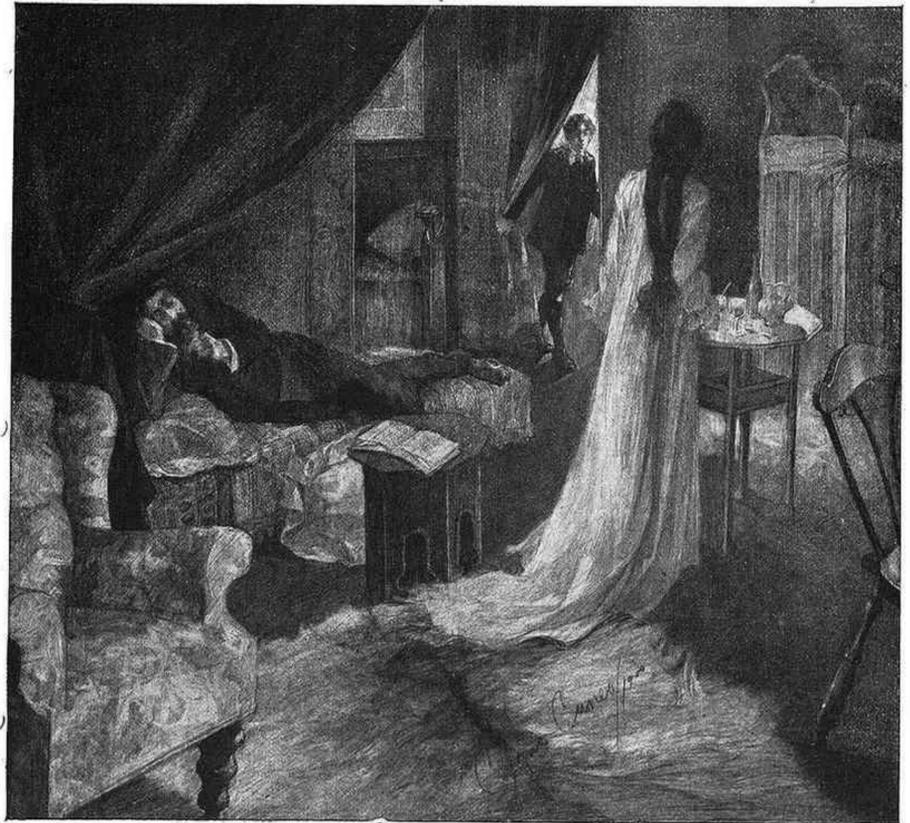
Volvía una noche de una excursión al monte y caminaba á orillas de uno de los más deliciosos lagos de Saboya vagando á lo largo de los ribazos en busca de un albergue; y como en aquel país, poco frecuentado todavía, no abundan las posadas, comenzaba ya á preguntarme si tendría que pernoctar á campo raso... Esta perspectiva no me inquietaba gran cosa: la noche era cálida y luminosa, una verdadera noche de comedia de magia. En el firmamento límpido se veía una lluvia de estrellas fugaces; por las vertientes de las montañas arrastrábanse blancos girones de vaporosa y blanca niebla que se plateaban á medida que la luna surgía por entre la escotadura de una de las cumbres; en todas partes reinaba un silencio adormecedor apenas turbado por las aflautadas notas de las rubetas.

Mientras me acercaba á la orilla, poblada de alisos y de sauces, la luna, completamente despedada, lanzaba al través del lago un movable reflejo de oro que parecía una inmensa red de fulgurantes mallas. Bajo la influencia de aquella encantada noche, despertábanse mis creencias en lo maravilloso y sentíame tentado á evocar á la hada y á suplicarle que con un golpe de su varita mágica me fabricara un lecho

algo de la majestuosa cólera de una Diana sorprendida alteró sus delicadas facciones... Durante este examen permanecí con la boca abierta, absorto de admiración ante la desconocida.

En su cualidad de hada leyó lo que pasaba en mi fuero interno y probablemente comprendió que se encontraba en presencia de un turista honrado, puesto que la dura expresión de su rostro se dulcificó y sus labios volvieron á sonreír.

Alentado por aquella sonrisa plácida y misteriosa, murmuré algunas palabras excusando mi conducta, y tuve sangre fría bastante para dar á mi frase un giro tal, que la hechicera bañista se persuadió de que yo no había presenciado su salida del agua.



... y quedé inmóvil en el umbral ante lo inesperado del espectáculo

— Bajo del monte, le dije, y seguía el ribazo en busca de un albergue.

— Por este lado no encontraréis donde albergaros, respondiome con un ligero acento exótico; volved, pues, atrás y á cien pasos de aquí veréis un pabellón



SANTA FILOMENA, cuadro de C. Schleibner

á la entrada de un parque... Llamad á la puerta y pedid que os preparen alojamiento para esta noche... Si os oponen algún reparo, decid: «Vengo de parte de la princesa;» y esto bastará...

Y con la mano me indicó la dirección del parque, desapareciendo luego lentamente por el bosque mientras yo le daba las gracias.

Maravillado todavía por aquella aventura, seguí las indicaciones de la hada y llegué delante de una ancha verja, una de cuyas hojas estaba entreabierta. Vi el pabellón y llamé. Una anciana campesina me abrió y acogió de pronto mi petición con una negativa; pero cuando hube pronunciado las palabras cabalísticas «vengo de parte de la princesa,» esta corta frase produjo el efecto del «¡Sésamo, ábrete!» La cara adusta de mi interlocutora se suavizó, y rogándome que la siguiera subió la escalera exterior, me introdujo en una habitación esterada y adornada con muebles de *pitchpin*, encendió algunas velas y se retiró sin pronunciar una frase.

Mi primer cuidado fué abrir una ventana y mirar hacia afuera.

Vi el espeso follaje de un gran parque y entre grupos de castaños el tejado de una elegante quinta cuya *loggia* se reflejaba en la superficie del lago y que bañada por la vaporosa luz de la luna semejaba un palacio encantado.

El sonido de una puerta me sacó de mi contemplación, y al volver la cabeza encontréme con una linda y elegante camarera que traía una cesta tapada con una servilleta y que haciéndome una reverencia explicóme en italiano que la princesa, suponiendo que yo debía sentir hambre, me enviaba algo que cenar. Al mismo tiempo, ágil como una ardilla extendió la servilleta sobre un velador y puso encima un trozo de pollo frío, fruta, pan y una botella de vino de Axti. Díle las gracias y le pregunté el nombre de su señora.

— La princesa Tremelli.

— ¿Es casada?

La muchacha soltó una carcajada por toda respuesta, y haciéndome un nuevo saludo, murmuró un «*felicissima notte*» y desapareció.

Cuando desperté al día siguiente, la vista de la quinta, envuelta todavía en sombra y en silencio, redobló mi curiosidad y creí de mi deber no marcharme sin dar antes las gracias á mi huésped. Arregléme un poco y envié á la campesina al pabellón á preguntar á qué hora tendría la bondad de recibirme la princesa; la respuesta fué que la señora

le preparará las comidas... En cuanto á mí, tendré mucho gusto en recibirle, y aquí me encontrará usted todas las noches, á excepción de los sábados.

Acepté con alegría su proposición y desde aquella mañana de julio fuí su huésped y su visitante asiduo. Enamoréme ciegamente de la princesa, quien, haciéndose perfectamente cargo de mi pasión, consentía sin reparo alguno que la requiera, pero sabía al mismo tiempo contenerme dentro de los límites de un cariño casi platónico. Su mayor concesión consistía en darme á besar su mano, y tan dichoso me sentía en aquel parque solitario, la montaña y el lago tenían para mí tantos encantos y eran para mí tan deliciosas nuestras nocturnas entrevistas, que no me atrevía á ser más exigente por miedo de que una audacia excesiva me hiciera arrojar de aquel paraíso terrenal.

Mi embriaguez duró algunas semanas, durante las cuales nos vimos todos los días, excepto los sábados, en que la princesa permanecía invisible. Aquel día reservado, que completaba su semejanza con el hada Melusina, causábame un secreto despecho al par que excitaba en mí cierta celosa curiosidad. ¿En qué podía emplear aquel día de reclusión y qué misteriosos filtros preparaba durante el mismo?.. Al cabo de algún tiempo resolví descifrar aquel misterio, y un sábado por la noche cogí una barca y abordé silenciosamente al pie de las terrazas de la quinta. Una escalera conducía á éstas desde el ribazo, permitiendo el acceso á las habitaciones de la planta baja. Subí los escalones, atravesé un césped cuya hierba espesa amortiguaba mis pasos, y de este modo llegué hasta el salón cuya ventana estaba abierta. Un ruido de voces guióme hasta un gabinete separado de aquella primera habitación por un cortinaje que audazmente levanté, y quedé inmóvil en el umbral ante lo inesperado del espectáculo que se ofreció á mi vista y ante la mirada de cólera con que me recibió la princesa.

Delante de un velador, cubierto de copas de licores, estaba indolentemente tendido sobre las almohadas de un diván un hombre corpulento, joven todavía, de cabello y bigote demasiado negros, con las manos cargadas de sortijas, de fisonomía vulgar y de ojos redondos y poco inteligentes. Sentada familiarmente á su lado, Melusina disponíase á prepararle un grog.

— ¡Dispéñeme usted!, murmuré, presa de la mayor turbación.

La princesa, que había recobrado su aplomo, frunció sus delgadas cejas y con acento irónico me dijo:

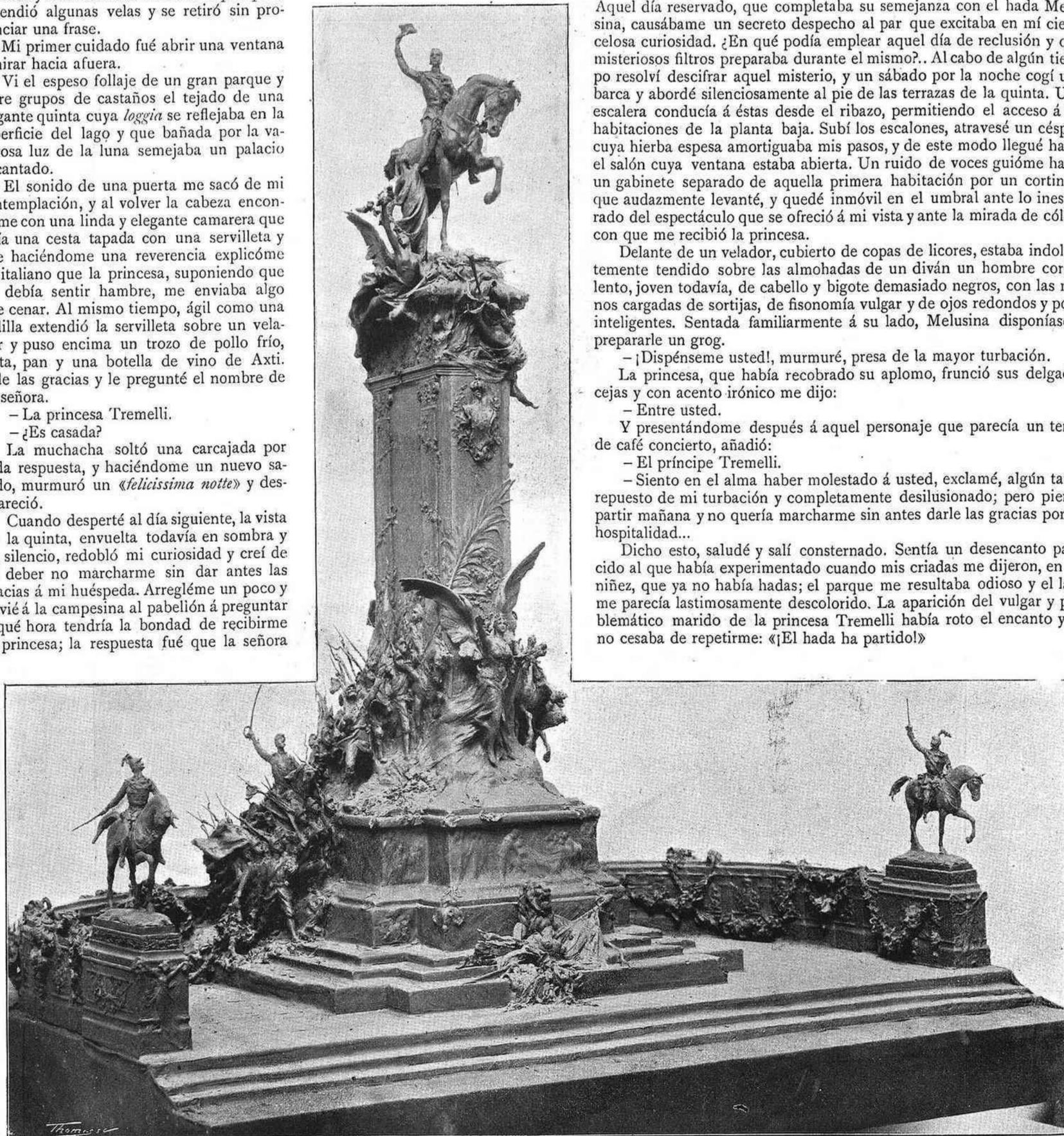
— Entre usted.

Y presentándome después á aquel personaje que parecía un tenor de café concierto, añadió:

— El príncipe Tremelli.

— Siento en el alma haber molestado á usted, exclamé, algún tanto repuesto de mi turbación y completamente desilusionado; pero pienso partir mañana y no quería marcharme sin antes darle las gracias por su hospitalidad...

Dicho esto, saludé y salí consternado. Sentía un desencanto parecido al que había experimentado cuando mis criadas me dijeron, en mi niñez, que ya no había hadas; el parque me resultaba odioso y el lago me parecía lastimosamente descolorido. La aparición del vulgar y problemático marido de la princesa Tremelli había roto el encanto y yo no cesaba de repetirme: «¡El hada ha partido!»



PROYECTO DE MONUMENTO QUE HA DE ERIGIRSE EN MADRID Á LA MEMORIA DE D ALFONSO XII,

obra de Agustín Querol presentada en el concurso recientemente celebrado

me rogaba que la acompañara en la mesa á la hora del almuerzo. Hubiera deseado adquirir previamente algunos informes acerca de la propietaria de la quinta, pero aparte de que me parecía indiscreto y poco delicado interrogar á la servidumbre, un sentimiento indefinible me impulsaba á no penetrar en el misterio que tantos atractivos comunicaba á mi aventura. Todo lo que pude averiguar fué que la princesa era veneciana y pasaba el verano á orillas del lago.

Fuese quien fuese y de dondequiera que procediese, tenía aquella mujer el don de seducir. Antes de terminar el almuerzo hallábame completamente fascinado y no pensaba en otra cosa que en buscar un pretexto para permanecer cerca de ella. La princesa pareció leer en mi pensamiento, puesto que, con su melodioso ceceo veneciano, me dijo:

— Ya que tanto le gusta este país, ¿por qué no se queda usted más tiempo? El pabellón está á su disposición, y la Josette, que guisa muy regularmente,

— En primer lugar, dijo uno de nuestros compañeros interrumpiendo á Tristán, debieras haberte acordado de la fábula de Psiquis... A las divinidades no les gusta que las estorben... Obraste como los niños que quieren coger una mariposa y al ver que ésta se les escapa contemplan apenados sus dedos teñidos en el azulado polvillo del insecto que huyó... En segundo lugar, te engañas; el hada no ha partido, porque el mundo no puede prescindir de ella; pero no se aparece más que en sus horas y se muestra con preferencia á los que han conservado cándidamente la juventud del corazón y de los ojos. Esa hada que no podemos aprehender y sin la cual la vida es un erial monótono; esa maga que da á la tierra su poesía, su color y su perfume, es simplemente la eterna é indispensable Ilusión.

ANDRÉS THEURIET.

(Dibujos de Ciro Cuneo.)

MONUMENTO A ALFONSO XII

PROYECTO DE AGUSTÍN QUEROL

Recientemente se ha celebrado en Madrid el concurso para el monumento que se ha de levantar en la corte á la memoria de Alfonso XII y al cual concurrieron diez y seis escultores y arquitectos españoles.

El acuerdo del jurado dió lugar á varias discusiones, en las que no hemos de entrar, pues nuestro propósito hoy se limita á reproducir en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA uno de los proyectos que presentó el ilustre escultor tortosino Agustín Querol.

Compónese este proyecto de un amplio desplazamiento, rodeado en sus tres lados por un baluarte adornado con guirnaldas y relieves, en cuyos extremos se ven dos estatuas ecuestres. En el centro elévase el primer cuerpo del monumento, que se compone de tres gradas, sobre la última de las cuales se ve el león español con un trofeo; de ellas arranca el pedestal, en el que figuran algunos bajos relieves que indican las varias fases de la vida de Alfonso XII, y alrededor del mismo vense grupos de soldados vitoreando al monarca. Una estatua de la Paz cierra esta parte de la composición. Completa el monumento una esbelta pilastra sobre la cual se alza la estatua ecuestre del rey y junto á ella las figuras de la Victoria y de la Gloria.

La obra de nuestro distinguido colaborador, grandiosa en su conjunto y rica en hermosos detalles, elegante en sus líneas, de armónicas proporciones y verdaderamente monumental, ajústase además al pensamiento de los iniciadores, que ha sido presentar á Alfonso XII en el concepto histórico de Pacificador.



LA CONDESA DEL CASTELLÁ, directora de la hoja literaria «Manos blancas» del diario *El Liberal*, de Barcelona

LA CONDESA DEL CASTELLÁ

Es una hermosa figura literaria y... una figura hermosa. De esto da razón cumplida el retrato que publicamos; de aquello sus escritos valiosísimos.

La condesa del Castellá, pensando y sintiendo como mujer, exterioriza su sentir y su pensar tan vigorosamente, con tal relieve y arte tan refinado, que recuerda á los grandes maestros del buen decir.

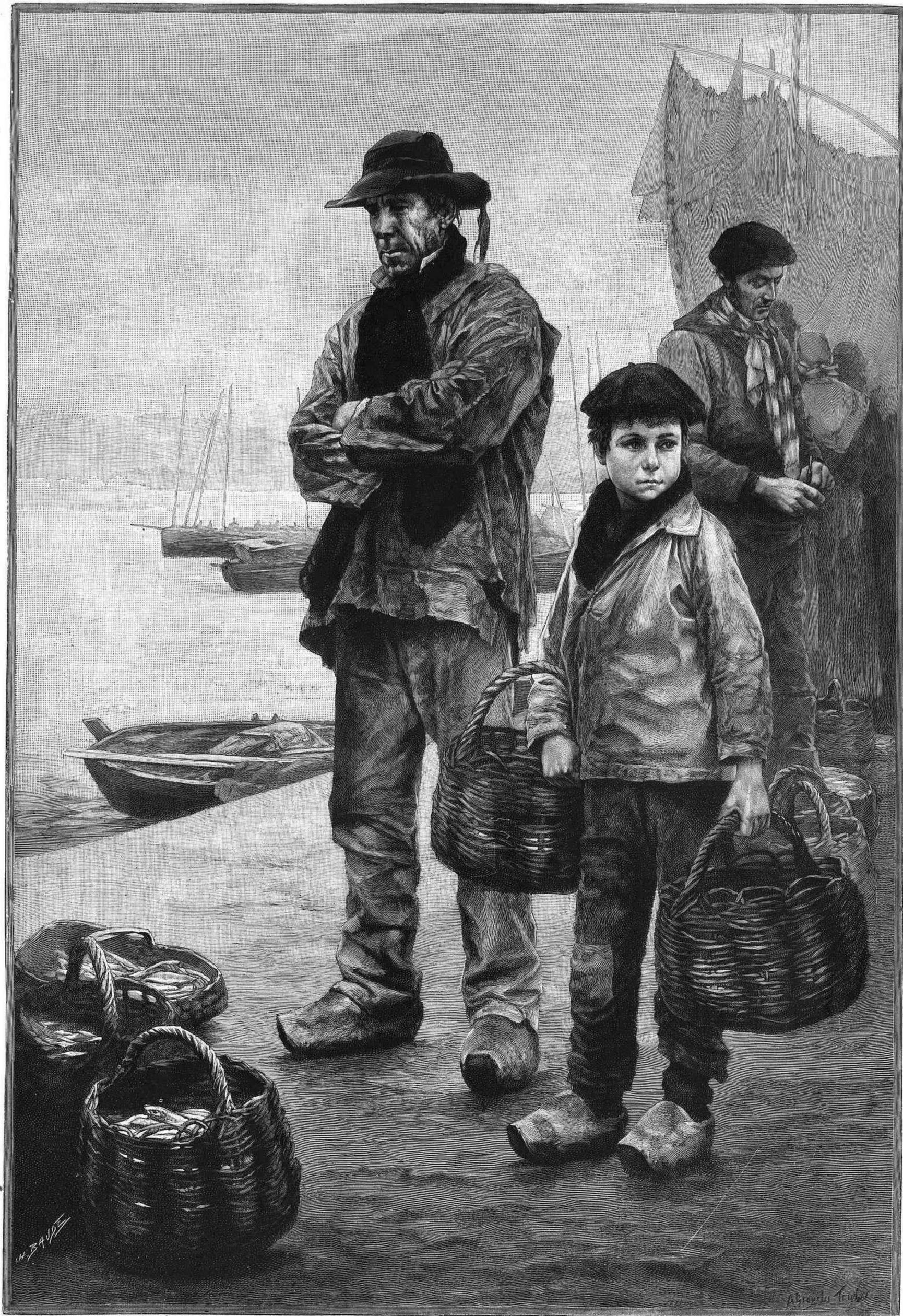
No es su prosa encaje de bolillos, complicado y vistoso; más bonito que hermoso, pero sin consistencia. No es su manera de decir adorno del escaso pensar. Si vale la frase, el estilo, mejor, el lenguaje de la condesa del Castellá es lapidario, claro, conciso, de matemática precisión; sin divagaciones que esfumen la idea, sin flores de trapo que encubran futilidades de fondo. Talento muy cultivado, fino espíritu analítico, clara percepción de la belleza, son las características de la aristocrática escritora, y como todo esto es oro de buena ley, no ha menester más que gusto y sobriedad al moldearlo para que la joya surja sin los arrumacos de la bisutería literaria.

Maestra en la elegancia, como mujer del gran mundo, la señora condesa del Castellá aplica para vestir y presentar sus pensamientos las reglas mismas que al adorno de su persona, y si en ésta se ve siempre á la dama de distinción, en aquéllos jamás asoma la vulgaridad y aparece constantemente lo bueno, lo nuevo y lo bello.

*El Liberal* en Barcelona ha tenido la feliz idea de encargar la dirección de su originalísima hoja literaria «Manos blancas» á la condesa del Castellá, y así van las «Manos blancas» del querido colega á la última moda cuajadas de brillantes y perlas de inestimable precio y suprema elegancia.



En el huerto, cuadro de J. Pinós y Comes. (Salón Parés.)



PESCADORES, cuadro de Aquiles Granchi-Taylor



EL DIOS WOTÁN, estatua en bronce de Rodolfo Maison

NUESTROS GRABADOS

**Oriental, cuadro de Ferencz Innocent.**—Los países orientales con su cielo purísimo que inunda el espacio de vivísimas claridades, con sus extrañas costumbres en las que tanto predomina el elemento pintoresco, con sus hermosos tipos en los que se conservan inalterados los rasgos genuinos de una raza, ejercen poderosa atracción sobre cuantos artistas han tenido ocasión de visitarlos. Enamorados unos de aquel derroche de luz, exteriorizan sus impresiones en lienzos que son un portento de notas de color, de tonos cálidos y enérgicos, de vigorosos contrastes; seducidos otros por los encantos de aquellas mujeres, reproducen en la tela sus bellas facciones, sus esbeltas figuras y sus actitudes gallardas, sin por esto descuidar la parte, por decirlo así, ornamental de las mismas, constituida por los trajes de original corte y con ricas telas confeccionados en que se envuelven y las joyas de formas raras cuanto elegantes con que se adornan. Que con tales elementos ha de conseguirse un efecto altamente artístico á poco que el pintor ponga algo de su parte, fácilmente se comprende: el tema se presta por modo admirable á ser tratado y no se requiere sino que el pintor sepa aprovecharlo debidamente. Ferencz Innocent, el autor de la *Oriental* que en este número publicamos, ha estado en extremo feliz en la reproducción, así del busto de la linda muchacha, como del fondo sobre el cual se destaca y los accesorios que contribuyen á embellecerlo.

**La señora de Kruger.**—El día 20 de julio último falleció en Pretoria, á la edad de 67 años, la esposa del anciano presidente de la República Sudafricana. Tiempo hacía que su salud hallábase quebrantada, y la muerte de su hija predilecta, acaecida hace poco, acabó de consumir aquella naturaleza, un día enérgica y robusta y últimamente minada por la enfermedad y sobre todo por los sufrimientos morales que le hiciera padecer la guerra inicua promovida por la codicia de Inglaterra. Era una mujer dotada en alto grado de todas las virtudes domésticas, de una modestia excesiva, inaccesible á la vanidad; cifraba todo su orgullo en un apartamento voluntario de todo cuanto significara pompa ú ostentación y jamás intentó mezclarse en los asuntos políticos ni influir para nada en el ánimo de su marido, que era para ella la suma de toda sabiduría política. Fué siempre idólatra de su patria, en aras de la cual sacrificó sus más caras afecciones, y permaneció siempre fiel á las tradiciones de sus antepasados. El presidente Krüger, que en 12 de septiembre de 1900 abandonó su amado país, teniendo



LA SEÑORA DE KRUGER, esposa del Presidente de la República Sudafricana, fallecida en Pretoria en 20 de julio último

que dejar allí á su esposa bajo la rigurosa vigilancia de los ingleses, no ha podido cerrar los ojos de la que durante más de cincuenta años fué su leal compañera. El golpe ha sido rudo, pero no ha podido quebrantar su voluntad enérgica, y hoy más que nunca parece resuelto á continuar la lucha á todo trance. Los millares de telegramas de pésame que ha recibido con motivo de la desgracia que le aflige son el más elocuente testimonio de las simpatías que en todo el mundo ha logrado despertar el noble anciano y con él la causa justa y simpática que defiende su pueblo con tanto heroísmo.

**Santa Filomena, cuadro de C. Schleichner.**—Hija de un príncipe griego y convertida al cristianismo, Filomena fué llevada á la edad de trece años á Roma, en donde el emperador Diocleciano enamoróse de ella y quiso hacerla su esposa. Rechazó la joven cristiana tal proposición y por ello condenósele al martirio. Encerrada primero en una cárcel, hubo de sufrir luego los más terribles tormentos; traspasáronle con clavos pies y manos, arrojáronla al Tíber con una cuerda atada al cuello, claváronla en una cruz y puesta en ella la asaetearon y finalmente fué decapitada. Gregorio XVI la canonizó en 1837 y señaló el 11 de agosto para la celebración de su fiesta. El artista alemán Schleichner se ha inspirado en uno de los episodios de la vida de la santa para pintar el cuadro que reproducimos, y en el cual llaman la atención la verdad con que ha trazado y colocado la figura y el acertado contraste entre la luz

que envuelve á la joven mártir y las sombras del bosque en que se realizó el terrible martirio.

**El cardenal Cascajares.**—Víctima de corta enfermedad falleció el día 27 de julio último en Calahorra, donde accidentalmente se encontraba, el cardenal Cascajares, arzobispo preconizado de Zaragoza. D. Antonio de Cascajares y Azares,



EL CARDENAL CASCAJARES, fallecido en Calahorra en 27 de julio último

que así se llamaba el ilustre purpurado, nació en Calanda (Teruel) en 1834, de nobilísima familia aragonesa, y desde muy joven demostró afición decidida por la carrera de las armas, entrando á la edad reglamentaria en la Academia de Artillería de Segovia. Terminados brillantemente sus estudios, fué destinado al Parque de Madrid y después á Zaragoza; pero á la edad de veintisiete años abandonó la profesión militar y se puso á estudiar Teología y Jurisprudencia. Cantó misa en 1861, fué beneficiado de la iglesia del Pilar y poco después canónigo de Gerona, de donde regresó á Zaragoza para encargarse de una cátedra de aquel seminario. De allí pasó á la catedral de Toledo como arcediano y en 1882 á la de Burgos como deán, siendo muy luego nombrado obispo de Dora y Prior de las Ordenes militares con residencia en Ciudad Real. En 1884 fué trasladado al obispado de Calahorra, y durante los siete años que ocupó aquella sede pudo demostrar su preclaro talento y sus sentimientos bondadosos dedicándose á importantes estudios teológicos, publicando multitud de pastorales que le valieron fama tan grande como merecida, asistiendo personalmente durante una epidemia cólerica á los enfermos y distribuyendo toda la fortuna que de su casa heredara entre los pobres. En 1891 fué nombrado obispo de Valladolid y en 1896 el Santo Padre le envió el capelo cardenalicio, justa recompensa de su saber y de sus virtudes. Preconizado recientemente arzobispo de Zaragoza, la muerte le ha sorprendido antes de que pudiera tomar posesión de aquella silla arzobispal.

Su cadáver ha sido enterrado, por disposición suya, en la capilla del Pilar de su pueblo natal, y la traslación de sus restos á Calanda desde Calahorra ha promovido en todas partes sentidas manifestaciones de duelo.

**En el huerto, cuadro de J. Pinós y Comes** (Salón París).—Nueva ocasión nos ofrece el laborioso é inteligente artista Sr. Pinós y Comes para reproducir uno de sus últimos cuadros y para repetir el buen concepto que nos merece. Si las preciosas cabecitas y tipos femeninos que produce embelesan por su belleza y frescura de tonos, justo es consignar que, si bien de diverso género, no es menos recomendable el paisaje cuya copia figura en estas páginas, puesto que revela un verdadero progreso, dadas las dificultades que su ejecución representa, vencidas con feliz acierto, debiendo considerarse como un verdadero estudio, pues aparte de su obligada tonalidad, lo es del natural tan bien observado, que no creemos incurrir en exageración al afirmar que el autor puede envanecerse por su indiscutible facultad de asimilación.

**Pescadores, cuadro de Aquiles Granchi-Taylor.**—El autor de este cuadro siente especial predilección por la gente de mar, cuyos tipos y costumbres, que ha estudiado concienzudamente, le proporcionan materia abundante para sus lienzos. Caracterizanse éstos por la naturalidad con que aparecen tratados los personajes y la verdad con que los lugares están reproducidos; pero lo que más cautiva en ellos indudablemente es ese sentimiento indefinido, esa especie de melancolía que imprime en las figuras y en el ambiente general de la pintura y que tan bien sienta en las composiciones cuyos protagonistas pertenecen á esa clase social que debiendo buscar en el mar su sustento, en el mar expone su vida á los mayores peligros y en el mar suele á menudo hallar la muerte. Si nuestros lectores recuerdan *La viuda del pescador* que publicamos en el número 1.007 y se fijan atentamente en él y en los *Pescadores* del presente número, verán confirmadas en ambos nuestras apreciaciones y observarán en uno y otro ese sentimiento que señalamos y que tanto avalora las obras del celebrado artista francés, dando gran realce á las bellezas de factura que todas ellas atesoran.

**El dios Wotán, estatua en bronce de Rodolfo Maison.**—Casi todas las razas germánicas han rendido culto á esta divinidad que en la mitología escandinava se denomina Odín. En su origen fué Wotán el dios de la tempestad y su nombre significó el Furioso, el que avanza impetuosamen-

te; pero también fué el dios de la muerte en los campos de batalla, en donde le acompañaban sus hijas las Valkirias, y el dios del cielo y del sol. Tiene un solo ojo, que es el sol mismo, y sentado en un trono, que se alza en la montaña celeste llamada por los antiguos pueblos septentrionales Hlidskjall, contempla desde allí el mundo; dos cuervos le acompañan, Hugin, el Pensamiento, y Munin, la Memoria, que le dan cuenta de lo que en la tierra acontece. Tal es el personaje escogido por el notable escultor alemán Rodolfo Maison: en la obra de éste, el dios sentado en su soberbio trono de piedra empuja la legendaria lanza; cubre su cabeza el yelmo y sobre el ojo que le falta se extiende un mechón de cabellos; su venerable barba cae abundante sobre el pecho y de su ancho cinturón pende holgada túnica. Todo en esta hermosa estatua es fuerza, energía, majestad; aun en su reposada actitud es el Wotán que camina con tempestuosa violencia; Maison ha realizado con ella una obra grandiosa que honra á la moderna escultura alemana.

**Los pequeños aldeanos, cuadro de Erico Werenskiöld.**—Los artistas del Norte se distinguen por la intensidad con que sienten la naturaleza y por la sinceridad con que saben dar forma á este sentimiento. Erico Werenskiöld figura entre los primeros pintores noruegos de la actualidad, y si cautiva con sus deliciosos cuadros de género, como *Los pequeños aldeanos*, no menos se hace admirar por sus retratos, entre los cuales merece especial mención el de Enrique Ibsen, que figuró en la última exposición universal de París y que fué unánimemente elogiado y considerado como el mejor entre los varios que del ilustre dramaturgo expusieron en aquel certamen los artistas compatriotas suyos.

MISCELÁNEA

**Teatros.**—El inspirado poeta francés Cátulo Mendes ha terminado un drama basado en la vida de Santa Teresa de Jesús que en breve estrenará en París Sarah Bernhardt.

—En el Teatro Municipal de Graz se ha representado el ciclo completo de las óperas de Wagner, desde *Rienzi* hasta *El crepúsculo de los dioses*, que han sido puestas en escena por orden cronológico.

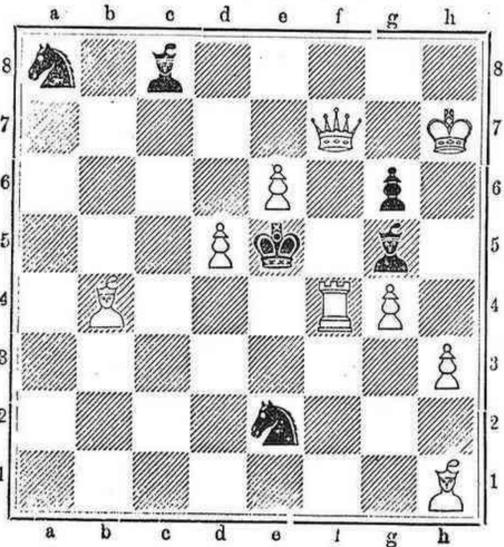
**París.**—Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *Le legataire universel*, ópera bufa en tres actos de J. Adenis y L. Bonnemere, música de Jorge Pfeiffer, y *La soeur de Joerisse*, ópera cómica en un acto de Van Loo, música de Antonio Banés.

**Barcelona.**—En el teatro de Novedades ha debutado la excelente compañía de declamación italiana que dirige la eminente actriz señora Vitaliani.

**Necrología.**—Han fallecido: Francisco Azzuri, notable arquitecto italiano, ex presidente de la Academia de San Lucas de Roma, autor de importantes construcciones que embellecen aquella capital. Juan Fiske, uno de los más ilustres filósofos é historiadores norteamericanos. Eduardo Krug, celebrado pintor francés. Erwin Küsthardt, pintor alemán. Hermán Pohle, paisista alemán. Juana Spyri, popular escritora suiza. Esteban Ussi, ilustre pintor de historia italiano, miembro y profesor de la Academia de Florencia. Guillermo Volz, pintor muniquense. Matilde Ramboux, notable escritora y novelista belga, más conocida por su seudónimo de *Hilda Ram*. Fernando Casparly, célebre matemático alemán, autor de importantes teorías.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 248, POR J. JESPERSEN. NEGRAS (6 piezas)



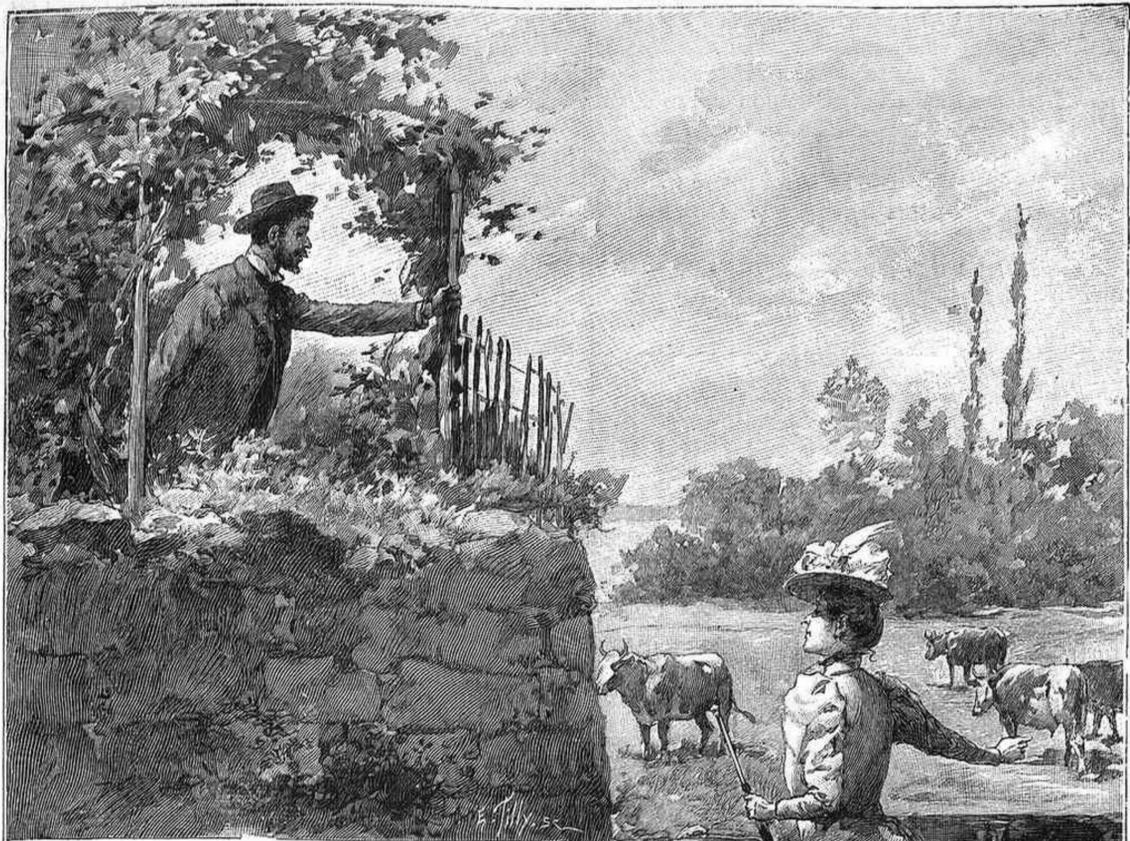
BLANCAS (9 piezas)  
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 247, POR B. WARDENER.

- |                |             |
|----------------|-------------|
| Blancas.       | Negras.     |
| 1. Ra2-a1      | 1. a3-a2    |
| 2. D toma Pa2  | 2. A toma T |
| 3. Da2-a7      | 3. A juega. |
| 4. f2-f3 mate. |             |

VARIANTE

2..... Ag4-h5; 3. A toma Ph3, etc.



-¡Las vacas!, dijo en son lastimero... (pág. 501)

**NORBERTO DYS**

NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

-¡De mal agüero!.. ¡Otra preocupación!.. Por lo visto, está usted llena de preocupaciones de toda especie... Esa es simplemente una voz de la sinfonía nocturna... A mí me gusta, por el contrario, oír cantar á las lechuzas... Y también me gusta el canto del sapo.

-¡Tiene usted gustos horribles!

-No hay nada en la naturaleza que no sea bello. Y cuando el retablo esté concluído, si usted quiere servirme aún de modelo, haré un bonito grupo que enviaré al Salón, como me lo aconseja el cura: *Muchacha asustada por un sapo*... Asunto poético, y nuevo sobre todo.

-No tengo ningún inconveniente..., con la condición de que no me obligue usted á servirle de modelo al mismo tiempo que al sapo.

En esto habían llegado á la barrera del último campo. El tejado de la Rosellerie brillaba vagamente entre las masas oscuras de los árboles.

-¿Qué va usted á hacer cuando llegue?

-Esperar en la cocina, leyendo, ó en el jardín contemplando la luna, el regreso de Olimpia.

-Entonces, lo mismo da que la contemplemos desde aquí... El punto de vista es aquí más espacioso que dentro del cercado, y los álamos más pintorescos que las habichuelas.

Dominada, Magdalena no halló ningún pretexto para esquivarse.

Ambos siguieron lentamente por la vereda que atravesaba el prado, mirando al cielo, poblado de estrellas.

El esplendor de la noche despertó en la muchacha el recuerdo de una hermosa poesía adormecida en su memoria.

Magdalena empezó á recitarla con naturalidad; pero su voz suave y musical seguía fielmente las modulaciones armoniosas del ritmo.

-¡Muy bien!, exclamó Norberto. Esas estrofas resumen admirablemente nuestras impresiones... Usted que sabe tan bien contar historias, repítame el episodio de Ruth y de Booz á que se refiere esa poesía.

-Ella era pobre, y él rico. Ella estaba triste y llena de humildad; él era bueno y la hizo feliz.

En la vereda se oyó una voz cascada que canturreaba una antigua rondalla.

-¡Volvámonos!, dijo Magdalena.

El la siguió sin objeción y le abrió la barrera.

-¿La acompaño hasta más allá?

-¡Oh! La Rosellerie está á dos pasos.

-Pero es el sitio más peligroso. Sabe usted que las hadas aparecen en torno de la grande encina de la encrucijada, y estoy seguro que ese campesino canta para ahuyentar el miedo. ¿Cree usted en las hadas?

La voz temblorosa del caminante se acercaba.

-Espere usted, al menos, que ese borracho haya pasado, dijo Norberto deteniendo á la muchacha.

El campesino saludó, al pasar, quitándose el sombrero, y los dos jóvenes se separaron bruscamente.

VI

-¡Arre, Morena!.. ¡Que te vas á quedar dormida!.. ¡Sacude la pereza!..

El látigo chasqueaba y la Morena levantaba alegremente la grupa, hacía sonar todos los cascabeles de su collera y sacudía la crin en señal de comprensión.

-¡Entiendo, tío Tommery!, parecía decir. En vez de cajas de velas y barriles de aceite, nos toca hoy transportar viajeros de buena sociedad. Por eso te has puesto de tiros largos.

Y el tío Tommery aprobaba con un castañeteo de lengua, pues no conocía criatura más valiente ni más sensata que su vieja Morena, una verdadera hachaca para señoras y curas, firme de manos, tranquila de carácter y fina de oído.

En el *breack* iban aquel día Magdalena, su padre y Norberto, frente al cura de Ruillé y la señorita Taccart.

Bien dispuestos y alegres, iban á visitar el antiguo y pintoresco pueblo de Sainte-Sezanne, cuya fortaleza domina un delicioso valle.

¿Qué cosa más divertida que partir de excursión, por la mañanita, en banda de amigos?

Semejantes placeres eran bastante raros en la exis-

tencia monótona de Magdalena, para que éste no la llenase de júbilo.

Sin embargo, hablaba poco, abismada en sus reflexiones.

Al pasar el coche por delante de alguna casa de campo, salía á la puerta una mujer con un niño en brazos, en actitud de Santa Virgen, y Magdalena evocaba ideas de humildes hogares, de vidas ignoradas y de dichas oscuras.

-¡Qué colorada estás, Magdalena! ¿Te molesta el sol?, exclamó Olimpia.

-Por eso cierro los ojos.

Y los cerraba, efectivamente; mas no por evitar la luz del sol, sino para oír mejor las voces interiores y recrearse en la desconocida luz que brillaba en las profundidades de su alma.

-¿Por qué no?, repetía la más autoritaria de aquellas voces interiores, la voz de la razón. ¿Por qué no? Su situación no es superior á la tuya. ¿Por qué había de desdeñarte? ¿No te escucha con interés? Y la otra tarde, ¿no te pareció poseído de la misma emoción que tú? No es más que un obrero, pero tiene cultura de espíritu y elevación de alma. Nunca ¿esperaste la dicha que actualmente experimentas, la de sentirte dominada.

De pronto abrió los ojos, para volver á la realidad de la luz del día, asustada de su propia debilidad y de los nuevos sentimientos que habían invadido su corazón.

Y empezó á hablar con una alegría un poco entrecortada y un poco febril, para alejar aquellas ideas seductoras.

Pero, á pesar de todo, advertía que se habían infiltrado en ella.

Y sintióse turbada por una impresión de ternura al ver de nuevo, á la puerta de una casita blanca, adornada con guirnalda de vid, una mujer en actitud de Santa Virgen y unos niños de ojos risueños agarrados á su falda.

Fuése acercando un campanario esbelto, y luego una aglomeración de casitas bajas, apoyadas unas en otras. Era Sainte-Sezanne.

La Morena tomó un trote triunfal para penetrar en la población, y se detuvo delante de un pórtico viejo, lleno de vehículos estropeados y encima del cual aparecía una muestra que representaba un buey blanco coronado de flores.

Un apetitoso olor de puchero salía de las ventanas abiertas; las criadas, con sus blancos delantales, acudieron á la puerta, saludando con sus sonrisas francas á los recién llegados, mientras que un mozo de cuadra se hacía cargo de la yegua.

-¡Al patio! ¡Entre usted en el patio!, gritó Olimpia al tío Tommery.

Subir y bajar del coche no era cosa fácil para la solterona, á causa de las várices, que no le dejaban doblar las piernas, y también por su obesidad, que la obligaba á una compresión considerable al pasar por la portezuela.

Y media hora antes pensaba con disgusto en el espectáculo cómico que iba á proporcionar á la malicia de sus contemporáneos.

-¡Dichosos los jóvenes!, suspiró al ver saltar del coche á Magdalena, apoyándose apenas en la mano de Norberto.

-¡Lo hemos sido antes que ellos!, dijo el padre Vergeau, dando con precaución á Farguet su aparato fotográfico, y efectuando su bajada, sin más inconveniente que el de enseñar un poco sus medias negras de algodón y sus zapatos de hebilla.

Llególe el turno á la Taccart.

-¡Tommery!, se ha propuesto usted matarme... Este estribo es horrible... ¡No volveré á poner los pies en su odioso coche!

-Con todo, apostaría que no querrá usted volver á Ruillé á pie. ¡Vamos á ver!

Todos unieron sus esfuerzos para bajarla del carruaje.

Olimpia se refugió inmediatamente en la sala, huyendo de las miradas de los curiosos, y se dejó caer sin fuerzas en una silla.

Afortunadamente, la necesidad de discutir el *menu* con el ama de la fonda operó en ella una reacción saludable.

El padre Vergeau fué á visitar al cura y á leer después el breviario en la iglesia.

Norberto había desaparecido, para ir sin duda en busca de cigarras mejores que los de Ruillé.

Farguet descansaba hablando con Olimpia.

Magdalena sentóse en un banco de piedra delante de la casa, entre el pórtico y la vidriera de pequeños cristales.

Varias gallinas fueron á picotear á sus pies.

Manadas de vacas pacían, con los cuernos agachados.

La llama que ardía en el fondo negro de una he-



rería, una vieja regando una maceta de claveles y un gato echado en el alféizar de una ventana le ofrecían cuadros familiares que tenían para ella un sabor singular, en el estado jovial de su alma.

Las cosas se le aparecían con formas y relieves desconocidos, como si un sentido nuevo hubiera despertado para aumentar la intensidad de la vida y de la juventud.

Y mientras que su mirada se perdía con delicia en la verde perspectiva, inundada de sol, del paseo de tilos abierto delante de ella, su pensamiento se transportaba á otro camino, el del porvenir, antes tan estrecho y solitario, y ahora tan ancho, luminoso y tranquilo.

En el fondo del arco de ramaje apareció de pronto una visión, tan elegante, tan altiva y tan hermosa, que hizo fijar de nuevo el espíritu flotante de Magdalena en las cosas precisas y en la hora presente.

Una amazona y un jinete avanzaban á la par, al paso perezoso de sus cabalgaduras. El sonido de sus voces animadas, que se esforzaban por dominar el ruido acompasado de las herraduras y el retintín argentino de las barbadadas, se oía distintamente.

Ellos también habían reparado en la muchacha que les miraba con ingenuo placer, y con la misma desenvoltura que si hubiesen apreciado un cuadro ó un potro, cambiaron sus observaciones sobre el particular.

— ¡Hola! ¡Manon á la puerta de la hostería!, exclamó la amazona, que era joven, esbelta, flexible y morena. Usted que es aficionado á las rubias, aquí tiene una muestra bastante fresca del género.

El jinete, correcto, con el cuello estirado, con las sienas despo-ladas y bigotes de gato, dirigió su monóculo hacia el objeto designado y avanzó el labio inferior.

— ¡Psé!, dijo desdeñosamente, aunque bajando algo el tono; ya sabe usted que en la materia soy muy difícil de contentar.

A pesar de la sordina puesta en la voz, la señorita Farguet comprendió la insolencia, y sin apartar sus ojos encolerizados, se encogió de hombros con desprecio.

La señora morena soltó una pequeña carcajada, murmuró algún chiste á su compañero algo corrido, é inclinando su talle esbelto, puso al galope su caballo.

— ¡Hop! ¡Bitter!, dijo alegremente, tocando al caballo con el látigo.

Levantóse un torbellino de polvo que envolvió á los dos jinetes, los cuales pronto hubieron desaparecido al doblar la esquina, dejando á Magdalena suspensa é irritada.

A pesar de que ignoraba la táctica del galanteo, comprendía muy bien que no es posible hacer mejor la corte á una mujer que despreciando á otra mujer delante de ella.

Sabía también que su traje y su sombrero algo usados debían impresionar desfavorablemente á las personas acostumbradas á las elegancias del lujo.

El incidente la mortificó menos en su vanidad femenina que en su esperanza naciente.

— ¡Tan fea y desgachada soy?, pensó.

El encanto de poco antes se había desvanecido.

— ¡Qué crimen está usted forjando con tan negra mirada?, le preguntó Norberto, que surgió de improviso.

Magdalena puso los ojos en aquel rostro franco y animado, y encontró una sonrisa que le reanimó el corazón.

— ¡Estoy muerta de hambre!, dijo ella, no encontrando, en su trastorno, otro pretexto mejor.

El hermoso paisaje que se extendía al pie de las vetustas murallas llamó su atención. Asomóse á una almena, con la mirada perdida en las profundidades del cielo.

El infinito le daba el sentimiento de su pequeñez, de la fragilidad de la dicha, de la brevedad de todo lo que respira.

— ¡Es posible que sea yo dichosa, que sea yo amada jamás?, pensaba dudosa.

¡Amada!... Esta palabra mágica le daba un vértigo exquisito. Un estremecimiento le corría por todo el cuerpo, y sin necesidad de volver la cabeza, comprendió que él se había acercado.

— ¡Venga usted!, le dijo él con su voz llena de animación; el cura quiere fotografiarnos al pie de la torre. No puede usted faltar en ese cuadro de familia.

— ¡Soy idiota?, pensaba ella con espanto, mientras marchaba al lado de Norberto; ¿soy idiota para que mi tristeza ó mi alegría dependan hasta tal punto de un hombre?

En un recodo del camino de circunvalación encontraron á Farguet meditabundo.

Al comunicarle Norberto la invitación del cura, el viejo escultor, que estaba aquel día de humor expansivo, le cogió del brazo y le indicó, á un kilómetro de allí, un parque que se extendía hasta el riachuelo sinuoso y unos tejados que asomaban por encima del verde ramaje de un bosque.

— Mire usted, le dijo. Hay en ese bosque una fuente hecha por mí y de la cual no estoy descontento. Era un buen ensayo de escultura profana... De regreso, podemos pasar por allí... Ya verá usted...

— Con mucho gusto, contestó Norberto.

Esperaba que una mirada de Magdalena le daría las gracias por aquella amabilidad; pero no sucedió así. La muchacha súbitamente volvió á ponerse sombría, y frunció el ceño.

— Me quedaré aquí con Olimpia, dijo. Irán ustedes sin nosotras.

— ¿Por qué?, preguntó Farguet. A Olimpia le gustará visitar el parque y ver la fuente. Sabes que admira á Madama de la Hamelière.

— Temo precisamente que la familia de la Hamelière esté ahora en la quinta... y no tengo ganas de encontrarme con ella.

— Eres absurda, hija

mía, con tu estúpido salvajismo. Tienes relaciones particulares con esos señores, puesto que das lecciones de piano á su niña, y te sonrojas y tartamudeas cuando los hablas. ¡Pues yo me encuentro á gusto con ellos!

— Es posible, murmuró Magdalena.

Y como Farguet, aguijoneado por su idea, había tomado la delantera, la muchacha añadió, como para justificar su repugnancia:

— Esto echaría á perder para mí todo el placer de este día de libertad.

— ¡Tan terrible ó antipática es esa señora?

— No; es guapa y las personas de su clase la encuentran agradable. Pero yo no puedo juzgarla sino como maestra. No conozco criatura más desdeñosa.



— ¡Hola! ¡Manon á la puerta de la hostería!, exclamó la amazona

— ¿Y es esa sensación vulgar la que le da esa trágica expresión?.. Afortunadamente nos hacen seña de que la comida está pronta. Acepte usted mi brazo, princesa Ugolina, y vamos á la mesa.

El padre Vergeau era un cicerone terriblemente concienzudo. No perdonó á sus compañeros, especialmente á Norberto, que no había estado nunca en Sainte-Sezanne, la visita de un solo calabozo, ni de una sola cripta, ni de un solo detalle de la fortaleza y del torreón, relacionados con mil recuerdos de la guerra de los Cien Años, ó la de los Blancos y Azules.

Pero gran parte de aquellos comentarios históricos fueron perdidos para la distraída Magdalena.

En el creciente trastorno que se había apoderado de ella, las cosas tenían la indecisión del sueño.

En su presencia, experimento una sensación singular y humillante; me encuentro empequeñecida, despojada de toda personalidad.

- No es, en efecto, una impresión muy grata, dijo Norberto, presintiendo todas las mortificaciones que con frecuencia habían herido aquella epidermis delicada, y que el padre, revestido de su formidable amor propio, no había sentido jamás.

En el patio, Farguet sermonaba ya al cura y a Olimpia, la cual, sentada en un banco, rendida de fatiga, se secaba el sudor de la frente, esperando ser enfocada por la máquina fotográfica.

- Nos agruparemos en torno de la fuente; será un doble recuerdo.

Cogió a su prima del brazo y la obligó a levantarse. - Vamos Olimpia, no te hagas la remolona. Os llevo nada menos que a una residencia señorial, a la quinta de la señora de la Hamelière.

- ¡Será de ver!, dijo la solterona con vivo interés. Porque era fanática por la nobleza.

Sin embargo, los pergaminos de la señora de la Hamelière no remontaban a las Cruzadas. Pero la altivez de aquella joven señora era la suprema distinción para la deslumbrada Olimpia.

La idea de ver la morada de aquella aristocrática dama, le infundió valor bastante para afrontar la marcha al sol.

Magdalena tuvo que resignarse, so pena de disgustar a su padre, y siguió a pesar suyo.

- ¡Tome usted en recompensa!, le dijo en voz baja Norberto, alcanzándola para ofrecerle un ramo de madreselva silvestre.

Hasta entonces, el joven Dys no había tenido para Magdalena esas finas atenciones, que son la moneda corriente de la cortesía masculina.

Magdalena estaba tan lejos de esperar aquella galantería, que le causó gran sorpresa, y se puso colorada de placer, dándole las gracias con una sonrisa.

El camino le pareció menos largo y el sol menos picante, mientras que con los ojos entornados aspiraba el sutil perfume de la madreselva, medio trastornada, como por una caricia, al contacto de aquellas flores amigas en sus labios.

- ¡Entremos por aquí!, dijo Farguet en el momento en que llegaban delante de una portezuela abierta en la tapia del parque. Llegaremos a la fuente sin que nos vean de la quinta, como desea Magdalena. Siguiéron por un sendero a través del arbolado.

Magdalena se sentía oprimida por la falta de aire y una indefinible aprensión.

- ¡Ya hemos llegado!, dijo Farguet señalando una blancura que se veía entre la olmeda.

Todo el mundo elogió su obra, por consideración a su edad y a su mal estado de salud.

- ¡Muy hermosa!, repetía Norberto.

Sin embargo, la fuente, en conjunto, más parecía una tumba que un monumento destinado a recrear la vista y adornar aquel fresco retiro.

- ¡Vamos, señor cura! Este es el momento de operar, dijo Farguet preparando la máquina fotográfica. Vamos a hacer el grupo.

Pero se hizo observar que un grupo taparía el monumento. Así es que fué retratado solo, al lado de la fuente, en una actitud de inspiración y de triunfo que avergonzó a Magdalena é hizo reír furtivamente a Norberto Dys.

- ¿Está ya?, preguntó ella.

Y antes de que el padre Vergeau hubiese acabado de doblar metódicamente el aparato, echó a andar de prisa por el sendero, impaciente por alejarse de allí.

- ¡Se va usted sin esperar a nadie!, dijo Norberto alcanzándola.

- Quisiera estar fuera de aquí. ¿No encuentra usted este aire sofocante?

- Sin embargo, el sitio es muy hermoso, con esa verde claridad que se filtra por entre los árboles.

- Prefiero la huerta de Ruillé. Allí se siente uno en su casa.

- Me parece usted ávida de independencia.

- Será porque siempre me vi privada de ella... Sin embargo, me es grato soportar ciertos ascendentes, me gustaría obedecer... a una autoridad justa, ejercida con equidad y amor. Pienso que todo el mundo experimenta esta necesidad. La sumisión es entonces un descanso del alma, y la abnegación de la propia personalidad eleva en vez de empequeñecer. Ahí está, creo yo, el secreto de la dicha que se encuentra en la disciplina religiosa ó militar.

- ¿Piensa usted sentar plaza en una ú otra?

Ella no contestó; inclinó la frente y anduvo más aprisa, con los labios cerrados, los párpados entornados y la frente y las mejillas coloradas por el reflejo de un intenso pensamiento.

- ¡Sería una lástima!, añadió el escultor a media voz.

El rostro de Magdalena se encendió más, y como para refrescarlo ó cubrirlo, aspiró de nuevo el perfume del ramo de madreselva que llevaba en la mano.

Se habían adelantado mucho a sus compañeros de excursión y llegaban ya a la puertecita abierta que daba al campo, cuando se vieron rodeados de una banda de paseantes que se disponían a entrar en el parque, escoltando un cochecito tirado por una cabra, en el cual iban dos niños.

Oyóse una doble exclamación:

- ¡Norberto Dys!

- ¡La señora de Wrantz!

Magdalena quedóse como petrificada, sin ver más que la mujer vestida de blanco, que tendía vivamente a Norberto sus dos manos enguantadas de claro y le sonreía con sus ojos verdes extrañamente constelados de oro.

Era la amazona de aquella mañana, pero graciosa y fascinadora en su vaporoso traje, bajo la sombra ligera de su sombrero de paja.

Y el mismo Norberto le pareció súbitamente transformado, con una dignidad, un desembarazo altivo que nunca había visto en él.

- ¡Mi querido artista! ¡Qué delicioso efecto teatral! Le hubiera a usted buscado en Noruega ó en el Cambodge, y le encuentro prosaicamente en este buen país del Maine... Una vez más puede decirse que las montañas son las únicas... Permítame usted que le presente... Norberto Dys... el héroe, el gran triunfador del *Salón* de este año, cuya indigna discípula me proclamo con orgullo... La señora de la Hamelière, mi prima; su hermana, la señorita Bertranda Duplin...

El círculo se había cerrado en torno del artista, dejando a Magdalena a un lado.

No salía ésta de su asombro.

Por entre las sombrillas cubiertas de encajes, divisaba la cabeza morena de Norberto que se inclinaba para saludar.

Una dolorosa aprensión la hacía temblar de pies a cabeza.

Su corazón le dió un salto al oír una voz agrídulce que la llamaba.

- ¡No me engaño! ¡Es la señorita Farguet!

Y la pobre Magdalena se halló en presencia de la vieja y temible señorita, una solterona hipócrita y maligna, que la miraba con una estupefacción casi escandalizada.

- ¡En efecto!, dijo la señora de la Hamelière contestando con una ligera inclinación de cabeza al humilde saludo de la muchacha. Buenas tardes, señorita.

Hubo una breve pausa en que todas las miradas iban con elocuencia de Magdalena al escultor y del escultor a Magdalena.

- ¿Viene usted a ver a su discípula?, añadió la señora de la Hamelière con su voz falta de expresión.

En este momento se halla más atenta a su tronco que a su profesora... ¡Lilí, saluda a tu maestra!..

- ¡Buenas tardes, señorita!, gritó Lilí con indiferencia, impacientada por aquella detención y tirando de las riendas de sus cabras. No quiero dar lección... estamos en tiempo de vacaciones... quiero andar... - ¡Ah, es la institutriz!

La mirada desdeñosa de la bella Hugueta se apartó de aquel objeto ínfimo y recobró todo su encanto para fijarse en Norberto.

- ¿Son ustedes parientes?, preguntó a éste, sin embargo, a media voz.

- ¡No!, contestó Norberto, que adivinaba la confusión y la angustia de la muchacha. Hemos venido toda una tropa a visitar el castillo de Sainte-Sezanne, y nos hemos tomado la libertad de entrar a ver la fuente.

- Sí, repitió Magdalena muy confusa bajo las miradas de todos y volviéndose a cada instante hacia la puerta, donde aparecieron por fin el cura de Ruillé, la señorita Taccart y Farguet, ligeramente sorprendidos del encuentro. Vinimos a ver la fuente.

- ¡La fuente!, exclamó la señora de Wrantz soltando una carcajada. ¿Qué te parece, prima? ¿Quién había de decir que ese adefesio merecería un día el alto honor de llamar la atención de Norberto Dys?.. ¿Tendría usted acaso la intención de inspirarse en ella, mi querido maestro?

- ¡Norberto Dys!, articuló sordamente Farguet, verde de cólera... Se ha burlado de mí...

- ¡Norberto Dys!, murmuró el padre Vergeau, estupefacto, contestando al saludo semirrespetuoso y semicondescendiente que le dirigían aquellas señoras.

- ¿Son esos sus compañeros?, preguntó la señora de Wrantz en voz baja a Norberto.

Este, con el deseo de establecer claramente la clase de relaciones que le unían a la señorita Farguet, por evitarle todo disgusto ulterior, refirió en pocas palabras a Hugueta su llegada y su permanencia en Ruillé, extendiéndose principalmente sobre la simpatía y el aprecio que le inspiraba el cura Vergeau.

- ¡Delicioso!, exclamaba a cada momento la joven señora. ¡Absolutamente romántico!.. ¡Quiero ver su rústica residencial!.. Además, yo también necesito una ayuda providencial. Y reclamaré los consejos de usted para un medallón que he empezado. ¡Míreme usted esa cabecita!, añadió haciendo levantar la frente a Lilí, cuyo rostro se perdía en los dorados bucles de su cabellera. ¿Verdad que es ideal?

- ¡Quiero irme! ¡Quiero irme!, patealeó exasperada Lilí.

La señora de la Hamelière cogió a la cabra por la brida, a fin de guiarla sobre el puente del foso.

- ¡Ruillé!.. ¡Sainte-Sezanne!.. Pero si apenas hay cuatro leguas!.. Vamos a frecuentarnos como buenos vecinos... ¡Cuánto me alegro!.. ¡Hasta muy pronto!, dijo la señora de Wrantz después de un apretón de manos y una prolongada mirada de despedida.

- ¡Hasta la vista!, contestó Norberto.

Y alcanzó con rapidez a sus compañeros de excursión, que se habían alejado discretamente.

- Señor cura, le pido la absolución por haberle engañado ligeramente en cuanto afecta a la identidad de mi persona.

- Caballero... ¡amigo mío!.. murmuró el padre Vergeau algo confuso y sin saber a punto fijo lo que le pasaba. No hay de qué...

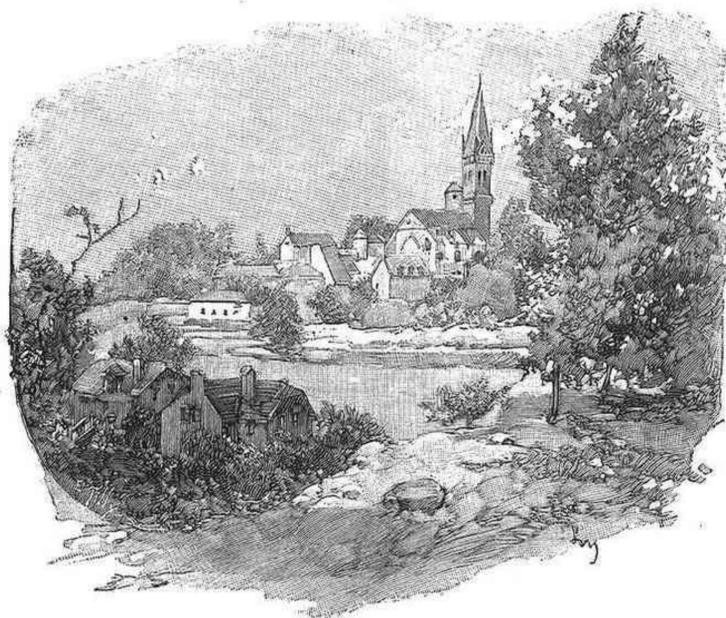
- ¡Se ha burlado usted de nosotros!, dijo brutalmente Farguet deteniéndose.

Norberto estuvo tentado de enviarlo noramala; mas le bastó, para contenerse, ver a Magdalena, que andaba algo separada, muy pálida y cabizbaja.

- ¡A todos les ruego que me perdonen!, dijo con su naturalidad irresistible. Es una historia estúpida. Vine a Ruillé en un acceso de salvajismo. Quería respirar el aire del campo, evitando todo encuentro que pudiese coartar mi libertad de acción. Al trabar conocimiento con usted, señor cura, se me ocurrió el capricho de prestarle mi ayuda como simple obrero. Le preparaba una sorpresa; la de firmar con mi nombre el bajo relieve en mármol que destino a su iglesia.

¡En mármol!.. ¡Firmado por Norberto Dys!.. ¿Qué disgusto no se hubiera disipado ante semejante promesa?

Aunque la dignidad le ordenaba mostrarse algo



... le indicó un parque que se extendía hasta el riachuelo sinuoso

severo, el viejo cura no pudo contener una sonrisa de satisfacción.

- ¡Amigo mío!, le dijo, presa de una viva emoción, estrechando la mano que le tendía Norberto, tiene usted un corazón de oro.

Olimpia casi saltaba de alegría y de orgullo. ¡Un artista tan célebre, que alternaba con toda la nobleza! ¡Y ella había tenido el insigne placer de recibirle en su casa!

Como su entusiasmo estallaba en frases exaltadas, Norberto la detuvo con un gesto.

(Continuará)



## ADORNOS FEMENINOS

## ABANICOS

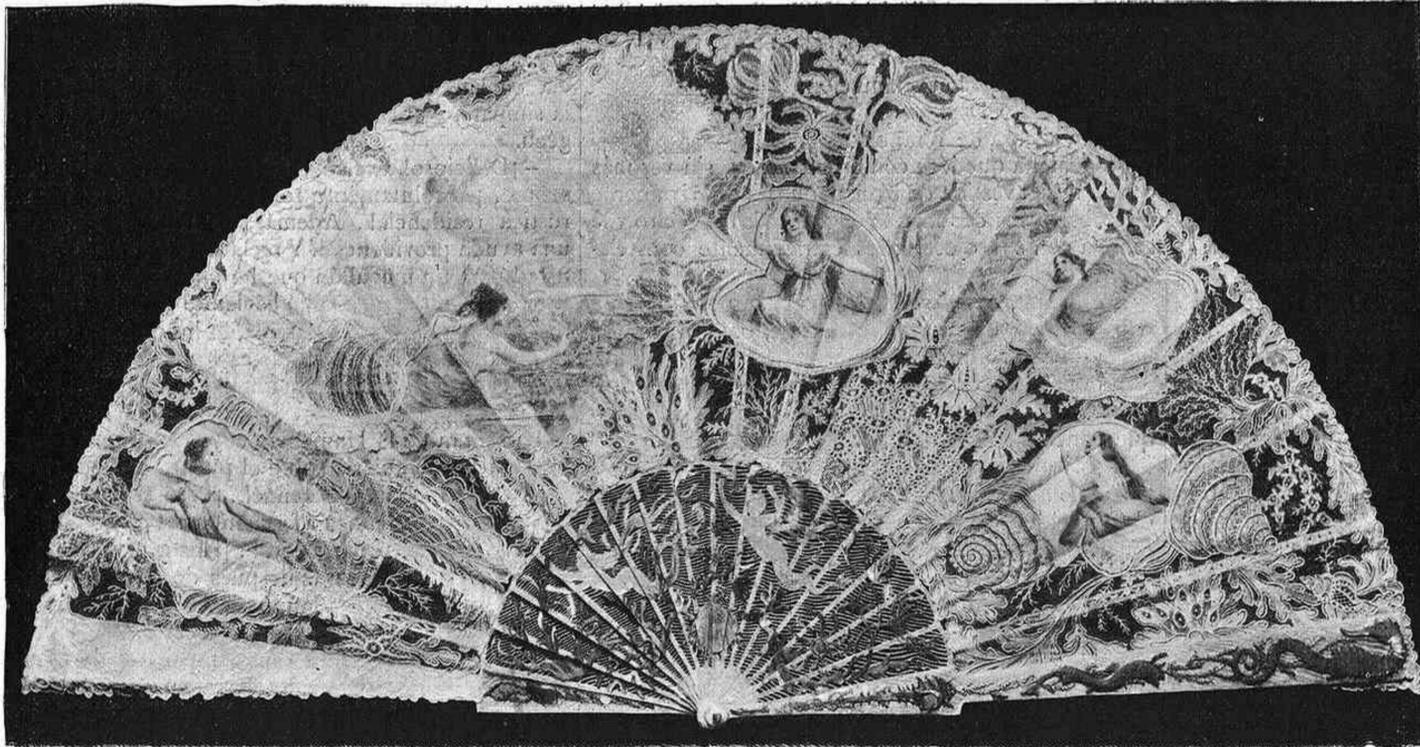
El abanico ¿es un adorno, es un arma, es un juguete? Lo cierto es que para lo que positivamente no

de chimenea á la que sólo falta un pie de caoba, ó mejor aún de bronce dorado.

El abanico ligero ha de bailar en la mano que lo sostiene, ha de agitarse y estremecerse, ha de abrirse y cerrarse sin que deje sospechar el menor esfuerzo, sin que se adivine por qué se mueve; ha de acompa-

armonizar con los hombros desnudos y con los diamantes que los adornan; no han de estar recargadas de piedras preciosas, porque si no es conveniente que el varillaje se rompa, menos aún lo es que se tenga miedo de romperlo y que, por cierto encogimiento involuntario, este miedo se manifieste. Tales son las condiciones que ha de reunir el abanico.

No es, por consiguiente, cosa tan fácil como á primera vista parece la fabricación de estos objetos de adorno. Pero dentro de estos límites estrechos, ¿acaso no puede el fabricante dotado de buen gusto y conocedor de la ciencia de la mujer, imaginar continuamente nuevas combinaciones de materiales, de dibujos y de colores? ¿Por ventura ha de verse reducido á copiar los modelos de los tiempos pasados y no ha de poder aportar una nota moderna en el decorado de los países, en los elementos de que se componen, en las incrustaciones ó cincelados de las varillas, en la escultura del armazón? Los abanicos que en esta y en la siguiente página reproducimos, ¿no son ejemplos palpables de lo que decimos, ejemplos que podrían variarse indefinidamente



ABANICO DE ENCAJE CON MEDALLONES PINTADOS, CON MONTURA DE NÁCAR POLÍCROMO (modelo Duvelleroy)

sirve, como aseguran los académicos, es para producir artificialmente corrientes de aire. Esto pudo ser en la India, en Roma, en Turquía, en tiempos remotos; pero en nuestros tiempos y en nuestras capitales, ¿quién piensa ya en ello!

Para la mujer engalanada, el abanico es el complemento indispensable de su traje; para la dama en sociedad, ora hable, ora guarde silencio, constituye el pretexto de su postura, el motivo de sus gestos, la justificación de sus actitudes; y para la joven coqueta es el intérprete de sus pensamientos, el traductor de sus ensueños y hasta el transmisor de sus palabras. Casi podría relatarse la historia de las sociedades por los abanicos que se han usado en ellas.

Si el abanico se alarga ó se acorta con exceso, es prueba de que los hombres no han tenido ocasión de hacer la corte á las mujeres, las cuales, al verse olvidadas, han reducido á proporciones insignificantes este accesorio, que no se resignaban á abandonar del todo, aunque de nada les servía, sucediendo entonces con los abanicos lo que pasa con los órganos del cuerpo, que cuando no se utilizan permanecen embrionarios. O bien ha acontecido, lo que es mucho peor, que, á riesgo de pillar fuertes constipados, han agrandado enormemente el abanico haciéndole, como en algunos pueblos orientales, objeto masculino estúpido y bárbaro para agitar en torno de sus entresudados hombros las atmósferas queapestaban las humanidades. En uno y otro caso las mujeres han procedido como unas necias y como unas ignorantes, porque tales abanicos, en vez de comunicarles nuevos atractivos, lo que han hecho ha sido afeárselas. Si es demasiado pequeño, el abanico exige movimientos breves que impiden toda ondulación y obliga á llevar la mano casi tocando á la cara de una manera infantil y muy poco graciosa; si es demasiado largo, resulta pesado, oculta el traje é impone movimientos de fuerza que pierden todo ritmo; es un mueble embarazoso del que no se sabe que hacer, una pantalla

ñar y acentuar el pensamiento y la palabra, identificándose de tal suerte con ellos, que constituya como un juego nuevo de otra fisonomía; ha de revolotear cual pintada mariposa en comunión tan íntima con la mujer que lo agita, que se haga inseparable de ella y que haga pensar si tiene vida propia, aunque tomada de la vida de su dueña. Pero para esto, ¿qué se requiere? Dos cosas por lo menos: en primer lugar, que no exceda de la longitud de rúbrica que le impusieron las mujeres que mejor lo han apropiado á su gracia, las del siglo XVIII, y especialmente las españolas; y en segundo, que sea muy ligero, es decir, que se componga de una hoja de vitela, de un trozo de papel, de un pedazo de encaje montado sobre un delgado varillaje de madera, de nácar ó de marfil. Es preciso que las varillas caladas dejen adivinar la sonrisa cuando el país oculte á la vez los

haciendo resaltar poco á poco la estética del abanico y formulando lo que fué, lo que es y lo que debe ser?

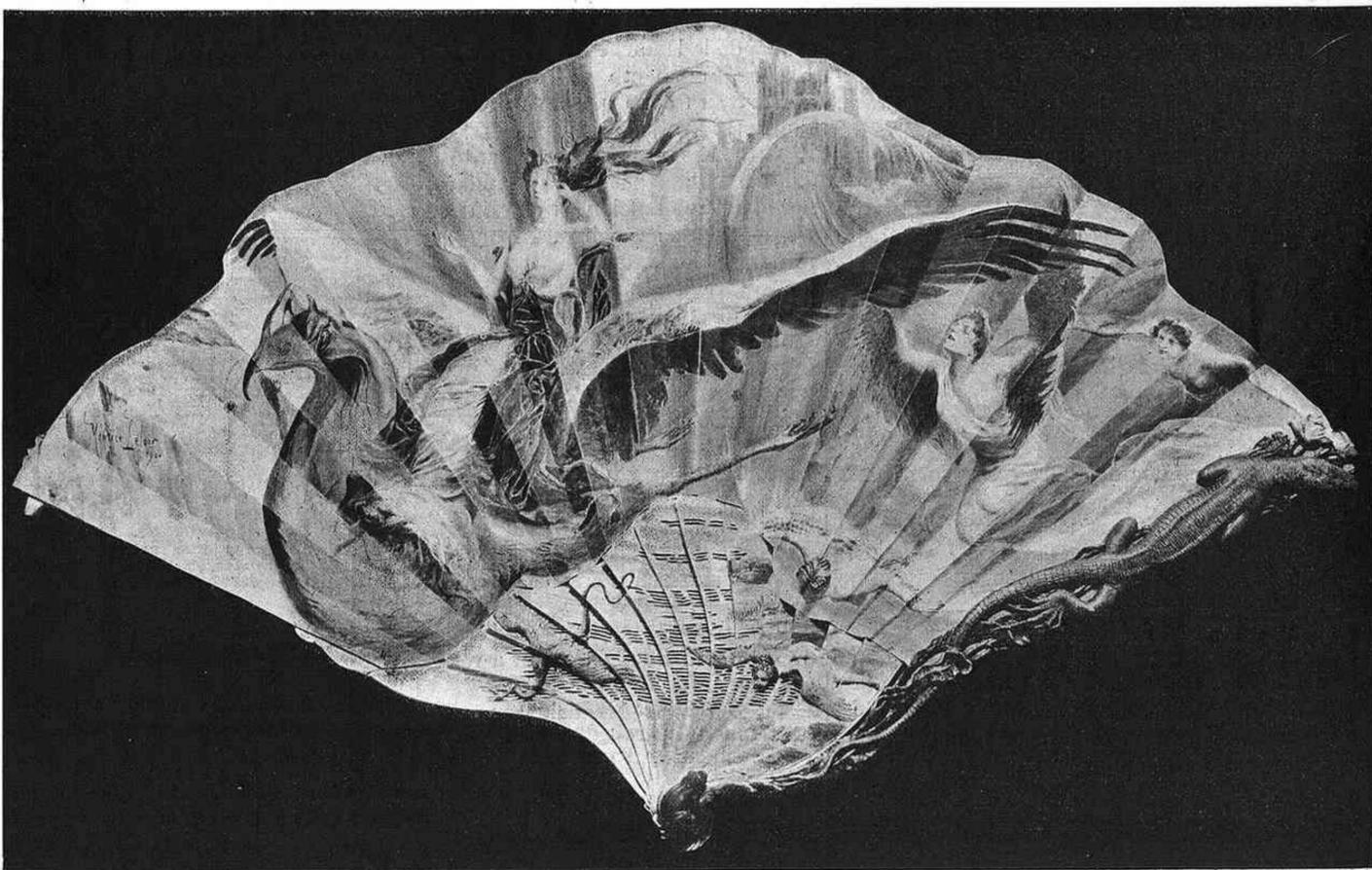
C. D.

\* \*

## LOS BUQUES MÁS RÁPIDOS

Sabido es que la velocidad de los barcos se expresa por nudos, es decir, por el número de millas marítimas recorridas en una hora. La milla marítima equivale á 1.852 metros.

La velocidad de los acorazados fué durante mucho tiempo de diez nudos, pero en 1880 los italianos consiguieron un gran progreso con su *Lepanto* y su *Italia*, que navegaron á razón de 18 nudos. Desde entonces sólo encontramos superiores á éstos los



ABANICO PINTADO SOBRE PIEL POR MAURICIO LELAIR, CON MONTURA DE MARFIL MATIZADO Y NÁCAR POLÍCROMO

ojos y el rubor de la frente, y es preciso además que no sean frágiles, pues la ligereza de las manos las rompería, ni pesadas, porque quitarían gracia al movimiento; han de ser brillantes y de color claro para

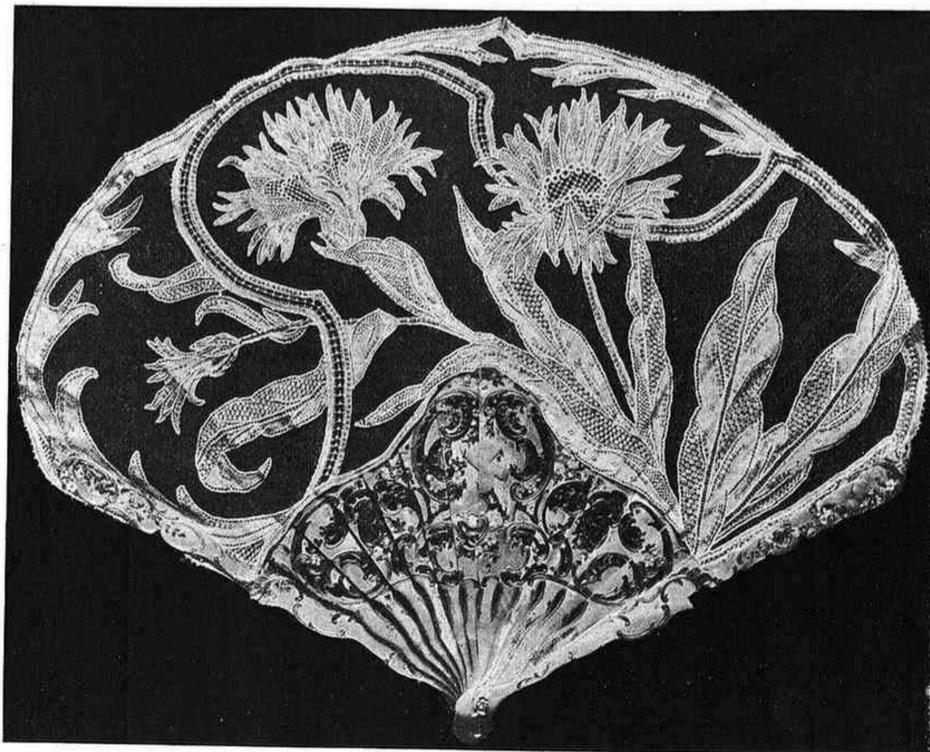
acorazados ingleses del tipo del *Formidable*, que acusan 19 nudos; pero ahora los italianos se proponen con buques como el *Benedetto* y el *Brin*, actualmente en construcción, llegar á los 21 nudos.

Ministerio de Cultura 2006

Francia conserva como velocidad uniforme de los acorazados la de 18 nudos.

Los cruceros, cuya misión consiste en capturar los buques mercantes, han de tener además de un gran tonelaje una gran velocidad. Los primeros construidos por los Estados Unidos, tales como el *Columbia* y el *Minneapolis*, dieron en las pruebas 23 nudos, pero en la práctica apenas pasaron de los 18 y medio, que es la velocidad con que hicieron la travesía del Atlántico á su regreso de la revista naval de Kiel. La palma corresponde en la actualidad indudablemente á los cruceros de la marina francesa, como el *Guichen* y el *Chateaurenault*, cuyas potentes máquinas de 25.400 caballos permiten navegar á razón de 23 nudos y medio. Los cruceros de la clase del *Drake* que en estos momentos construye Inglaterra difícilmente llegarán á la velocidad de 23 nudos por hora.

Por lo que toca á los torpederos, la lucha está establecida entre Inglaterra y Alemania. En 1892 el



ABANICO DE ENCAJE Á PUNTO DE AGUJA (modelo Duvelleroy)

recorrió lo ganó un torpedero salido de los astilleros de Schichau, que alcanzó más de 27 nudos; pero en 1897 apareció el *Turbinia*, torpedero inglés que movido por una turbina consiguió una velocidad de 32'8 nudos. Al año siguiente, los alemanes volvieron á estar encima con los torpederos destinados á la campaña de China; esos barcos de 280 toneladas realizaron 35'2 nudos. Pero desde el año pasado los ingleses recobraron la ventaja con el contratorpedero *Viper*, construido en Newcastle-on-Tyne, y con el *Cobra*, de Elswick, que dan 34'7 y 35'9 respectivamente. Estos barcos de 350 toneladas tienen 60 metros de eslora, sus máquinas desarrollan una fuerza de 11.000 caballos y mueven cuatro turbinas y están dotados de ocho hélices montadas en cuatro árboles.

De los datos expuestos resulta que las mayores velocidades las alcanzan actualmente: Italia para los acorazados, Francia para los cruceros é Inglaterra para los torpederos. - D.

**MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.**

# QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos Siete Medallas de ORO

EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

**PÍLDORAS BLANCARD**

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**

con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO

Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Las Personas que conocen las

## PÍLDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**

## Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA

PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>o</sup> CORVISART, EN 1856

Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1876 1878 1878

ES EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS

DISPEPSIAS

GASTRITIS - GASTRALGIAS

DIGESTION LENTAS Y PENOSAS

FALTA DE APETITO

Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT

VINO. de PEPSINA BOUDAULT

POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine

en las principales farmacias.

**PÍLDORAS DEFRESNE**

A LA PANCREATINA

Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.

**DIGESTIVO** el más poderoso el más completo

Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.

La PANCREATINA DEFRESNE proviene de las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.

**POLVO - ELIXIR**

En todas las buenas Farmacias de España.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**

PASTILLAS y POLVOS

## PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exíjase en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco 5 fr. en París

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

## LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès.

pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA

SARPULLIDOS, TEZ BARROSA

ARRUGAS PRECOCES

EFLORESCENCIAS

ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES etc. B<sup>o</sup> St-Denis, 16

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exíjase la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

**HEMOSTÁTICA**

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD** Curadas por el verdadero **HIERRO QUEVENNE** Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

# PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE**. **DUSSEY**, 4, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

PAN MIGUEL VOLODYOVSKI, por *Enrique Sienkiewicz*. — Esta novela es la última parte del ciclo histórico-novelesco del famoso escritor póloco, que comprende *A sangre y fuego* y *El Diluvio*: en ella se representa al héroe modesto que lo sacrifica todo por la patria sin consideración á ningún interés personal, y están admirablemente combinadas la nota trágica, la sentimental y la cómica, formando una narración armónica en extremo interesante y digna del autor de *Quo vadis?* Editada la obra en Barcelona por la casa Maucci, forma dos elegantes tomos que se venden á dos pesetas.

CUATRE MONÓLECHS, per *Victor Catalá*. — Este conocido poeta catalán, dando al monólogo toda la importancia que en su sentir debe tener este difícil género dramático, se ha apartado, en los que forman el libro que nos ocupa, de la trivialidad que suele distinguir á las composiciones de esta clase. Sus cuatro monólogos responden á cuatro grandes sentimientos, y si interesan por las ideas que en ellos se desarrollan, no menos cautivan por el armonioso verso libre en que están escritos. Impreso en Barcelona en la tipografía de «L'Avenç», véndese la obra á dos pesetas.

CARTAS MARÍTIMAS, por *Juan Ortín del Barco*. — Se han publicado las señaladas con los números XII y XIII que, como las anteriores, atestiguan los levantados propósitos de su autor y su especial competencia para el estudio de los problemas que afectan á nuestra marina de guerra.

ESBOZOS AL TEMPLE, por *M. Escalante y Gómez*. — Con este título el conocido escritor Sr. Escalante y Gómez ha reunido en un tomo una serie de artículos biográficos é impresiones que revelan sus no comunes talentos literarios y su espíritu culto y observador que analiza y estudia concienzudamente los asuntos y los expone en estilo fácil y elegante. El libro, que lleva una bonita portada original del reputado artista Alejandro de Riquer, ha sido editado en Barcelona por D. Luis Tasso y se vende á una peseta.



LOS PEQUEÑOS ALDEANOS, cuadro de Erico Werenskiold

LA CIENCIA DEL LENGUAJE, por *J. Vidal y Jumbert*. — El folleto así titulado forma parte de la «Biblioteca enciclopédica moderna» y en él se estudian con acertado criterio las relaciones gramaticales, evidenciándose todas las manifestaciones del lenguaje en sus múltiples variedades. Impreso en Granollers, véndese á 25 céntimos.

LA RAZA NEGRA ES LA MÁS ANTIGUA DE LAS RAZAS HUMANAS, por *Gervasio Fournier*. — Dada la índole de esta sección, nos es imposible analizar esta obra de la manera que por su importancia merece; nos limitaremos, pues, á consignar que el erudito escritor Sr. Fournier sienta una nueva teoría sobre el origen de las razas humanas, rompiendo los antiguos moldes y aduciendo en pro de su doctrina valiosos argumentos, fruto de laboriosas investigaciones, y opiniones y juicios basados en los triunfos conseguidos por la paleontología y demás ciencias auxiliares de la historia. El autor, publicista ya muy reputado por su notable «Geografía histórica de España», ha demostrado una vez más, con la obra que nos ocupa, su afición á los asuntos serios y sus notables condiciones para el estudio de los más trascendentales problemas. El libro, que forma un volumen de 400 páginas, ha sido impreso en la tipografía de Saturnino Pérez, de Valladolid.

DICCIONARI DE BARBARISMES, por *Antonio Careta y Vidal*. — La influencia que en el idioma catalán ha ejercido por diversas causas el castellano ha ido modificando poco á poco en el lenguaje corriente la estructura del mismo é introduciendo en él numerosos barbarismos que han acabado por desfigurarlo considerablemente. A remediar este mal, á evitar la degeneración de la lengua catalana, tiende el trabajo del Sr. Careta y Vidal, quien impulsado por su amor á nuestra tierra ha realizado una labor importantísima para las letras regionales, reuniendo en su libro más de tres mil artículos en que se corrigen los errores del lenguaje y apoyando sus firmes razonamientos con multitud de ejemplos sacados de nuestros mejores poetas y prosistas. La obra del Sr. Careta, digna de las mayores alabanzas, así por el propósito en que se inspira como por el gran caudal de conocimientos que revela, forma un tomo de 500 páginas que ha sido impreso en la tipografía de Oliva, de Villanueva y Geltrú, y se vende á cinco pesetas.

**PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTITION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL DE LOS DRES**  
**JORET-HONOLLE**  
 CURA  
**LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS**  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**Jarabe Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.  
 Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
**G rageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ca</sup> de Paris  
 LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRCIO : 12 RALES.  
 Escribir en el rotulo a firma  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**HARINA lacteada NESTLÉ**

Proveedor de la Real Casa

26 Diplomas de Honor. 31 Medallas de Oro



**ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS**

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pidase en todas las Droguerias y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

**Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones, de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>an</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

• Fabrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.  
 • Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

**CREME DE LA MECQUE DUSSEY** MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA  
 Da al cutis la blancura nacarada del mar.  
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS  
 Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN